

ILUSTRACION ARTISTICA

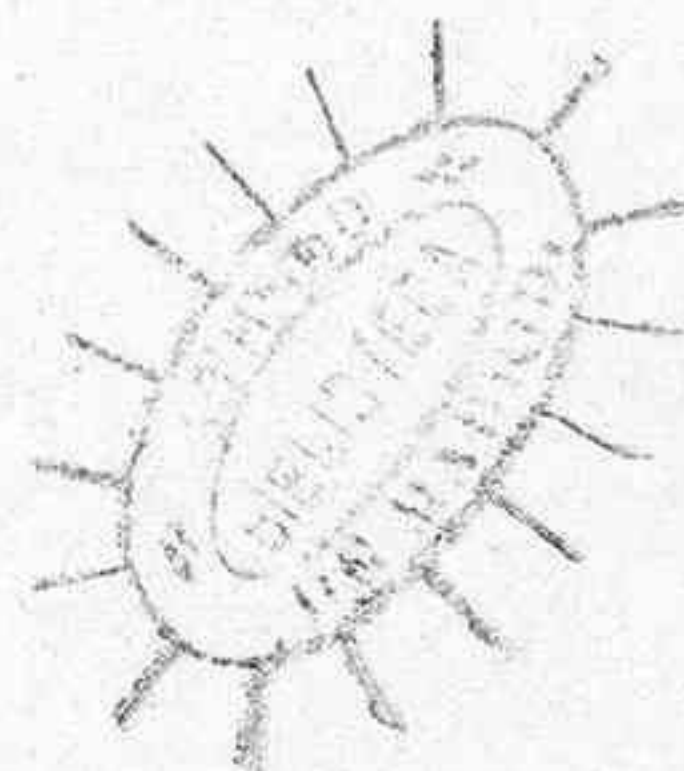
PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MAS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCION DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO III. — AÑO 1884

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1884

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Revista de Madrid. La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 2.
Los gomosos, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 3.
Mal de ojo, por Fernando Marmolejo, 6.
Notas de mi viaje. En Burgos, I, por José Gestoso y Perez, 6.
Sonata en do, por José Estremera, 10.
Mal de ojo (continuación), 11.
Notas de mi viaje. En Burgos, II, por José Gestoso y Perez, 14.
Mal de ojo (conclusion), 18.
El primer amor, por Rafael Trillo de Merelo, 19.
Saldo de cuentas, por Elena Sellés, 22.
Notas de mi viaje. En Toledo, III, por José Gestoso y Perez, 23.
Un milagro del instinto, por Félix Rey, 26.
El trapo y el papel, por Manuel de Palacios, 30.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional, en Roma, por E. Benot, 30.
Notas de mi viaje (conclusion), 31.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 34.
El Cristo del milagro, por E. de Lustonó, 35.
Juan del Pueblo, por Benito Mas y Prat, 38.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional en Roma, II, por E. Benot, 39.
La máquina de hacer hombres, por J. Ortega Munilla, 42.
Lázaro. Cuento que debiera ser verdad, si la verdad pudiera ser cuento, por Luis Mariano de Larra, 42.
La leyenda de Begonia, por Antonio de Trueba, 46.
Séptima conferencia de la Asociación geodésica internacional en Roma, III y último, por E. Benot, 47.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 50.
El hombre verde, por don F. Moreno Godino, 51.
El sueño de las plantas, por José Rodríguez Mourelo, 54.
Relojes duales para el tiempo local y el cosmopolita, por E. Benot, 55.
Siluetas de carnaval, por Benito Mas y Prat, 58.
El hombre verde (continuación), 59.
Notas de mi viaje. En Toledo, por José Gestoso y Perez, 63.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 66.
El fantasma rojo, por Carolina Coronado, 67.
Gayarre en Paris, 67.
Remedios (Episodio del año 9), por Angel R. de Chaves, 70.
El hombre verde (conclusion), 70.
Notas de mi viaje (continuación), 71.
Remedios (conclusion), por Angel R. Chaves, 74.
La buenaventura, por Vicente Colorado, 75.
La leyenda del Kirghiz, por Adolfo Llanos, 79.
Los diamantes, por Cecilio Navarro, 79.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 82.
La caverna de la muerte, por F. Moreno Godino, 83.
El triunfo del visionario, por Mariano Prestameiro, 83.
La buenaventura (conclusion), 86.
La ciencia antigua, por José Echegaray, 87.
El escaparate fantasma, por Benito Mas y Prat, 90.
La caverna de la muerte (continuación), 91.
Monasterio y palacio de Carracedo, por F. Giner de los Rios, 95.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 98.
Memorias de un pedazo de plomo, por Fabricio, 99.
La caverna de la muerte (continuación), 99.
Colores de los animales, por José Rodríguez Mourelo, 103.
Recuerdos de la Semana Santa en Sevilla, por Benito Mas y Prat, 106.
La caverna de la muerte (continuación), 107.
Arqueología hispano-mahometana, Pila de abluciones existente en San Felipe de Játiva, por Rodrigo Amador de los Rios, 110.
Regreso del Calvario, por Vicentede la Fuente, 114.
Jerusalén, por E. de Lustonó, 115.
El pozo de los lamentos, por Enrique Perez Escrich, 115.
La caverna de la muerte (conclusion), 119.
El corazon de Formoseda, por J. Ortega Munilla, 122.
Las chulas, por Manuel Fernandez y Gonzalez, 123.
Los viejos, por E. Benot, 127.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 130.
La Pasionaria, drama de Leopoldo Cano, por Manuel Angelon, 131.
El corazon de Formoseda (continuación), 134.
Los viejos, II, por E. Benot, 134.
¡Buñuelos! (Recuerdos de la feria de Sevilla), por Benito Mas y Prat, 138.
Las siete estaciones, por Eduardo Lopez Bago, 139.
El corazon de Formoseda (continuación), 142.
Los viejos, III y último, por E. Benot, 143.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 146.
¡Aleluya!, por José de Siles, 150.
El corazon de Formoseda (continuación), 150.
El gallo de la Pasion, por Luis Mariano de Larra, 154.
El último drama, por Félix Rey, 155.
El corazon de Formoseda (conclusion), 158.
La exploracion del Pilcomayo, por M. Aranda, 158.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 162.
El hombre de los dos cuartos, por don Ramon Fernandez de Mera, 163.
El último drama (conclusion), 166.
La exploracion del Pilcomayo, III, por M. Aranda, 167.
Dos ciegos, por J. Ortega Munilla, 170.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 171.
La flauta, por Francisco Asenjo Barbieri, 174.
La vuelta al año, por V. Colorado, 178.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 179.
El 8,099, por Adolfo Llanos, 179.
La mejor victoria, por U. Gonzalez Serrano, 183.
El hombre de los dos cuartos (continuación), 186.
Funcion de Morondanga, por Fernando Martinez Pedrosa, 187.
Dos almas en un cuerpo, por Escalpel, 190.
Los jardines submarinos, por José Rodríguez Mourelo, 191.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 194.
El diablo en su vida privada. Cuento popular de Vizcaya, por don Antonio de Trueba, 195.
El hombre de los dos cuartos (conclusion), 195.
El rayo de luz músico y pintor, por el doctor Hispanus, 199.
El diablo en su vida privada (conclusion), 202.
Esmeralda, por don Francisco Lozcoitia, 203.
Metamorfosis de los fenómenos físicos, por el doctor Hispanus, 206.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 210.
Esmeralda (continuación), 211.
La belleza, por E. de Lustonó, 214.
La ciencia antigua. Los veinte tripodes de Vulcano, por José Echegaray, 225.
Robando corazones, por don Enrique Perez Escrich, 218.
Esmeralda (conclusion), 222.
El optimismo de la distancia, por U. Gonzalez Serrano, 223.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 226.
Robando corazones (conclusion), 227.
Todo el mundo, por A. Sanchez Perez, 231.
El cármén del Ruiseñor, por Salvador Perez Montoto, 232.
Los pompeyanos en Cáparra, por don Publio Hurtado, 234.
Música del porvenir, por J. Ortega Munilla, 238.
Un territorio neutro, por M. Aranda, 239.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 242.
Cromos de viaje, por Fernando Araujo, 243.
Los pompeyanos en Cáparra (continuación), 246.
Cromos de viaje (continuación), 250.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte, por Pedro de Madrazo, 251.
Los pompeyanos en Cáparra (conclusion), 254.
El ferro-carril eléctrico de Francfort á Offenbach, por M. A., 255.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 258.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte (continuación), 259.
Cromos de viaje (continuación), 259.
Santiago de Peñalva, por Francisco Giner de los Rios, 263.
Cromos de viaje (conclusion), 269.
Los tres últimos días del marqués de Ayamonte (conclusion), 267.
Rápsodas ó artistas, por U. Gonzalez Serrano, 270.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 274.
Claveles y zarzas, por Pedro María Barrera, 275.
El piñuelo de Madrid. Retrato á la pluma, por E. Rodríguez Solís, 278.
En la playa, por Eduardo de Palacio, 279.
La electricidad en la guerra, I, por A. G., 279.
Claveles y zarzas (conclusion), por Pedro María Barrera, 282.
Notas de verano, En las eras andaluzas, por Benito Mas y Prat, 283.
Rosa de amor, por don Manuel Fernandez y Gonzalez, 286.
La electricidad en la guerra, II, por A. G., 287.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 290.
La batalla de los árboles, por José de Siles, 291.
Rosa de amor (conclusion), 291.
La electricidad en la guerra, III y último, por A. G., 295.
Mandolinata, por Benito Mas y Prat, 298.
El abrazo de la agonía, por Enrique Valdivieso, 299.
Amor á prueba, cuento en accion, por Carlos Coello, 302.
El fuego del cielo, por M. A., 303.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 306.
Virgen y mártir, por Félix Rey, 307.
Amor á prueba (conclusion), 300.
El globo dirigible eléctrico de los señores Renard y Krebs, por M. A., 311.
Lermontoff y uno de sus poemas. Traducido directamente del original ruso por A. Fernandez Merino, 314.
En retirada (Episodio de la vida militar), por Carlos M. de Sotomayor, 315.
Los microbios, por José R. Mourelo, 318.
Los relojes hidráulicos en la antigüedad, por M. A., 319.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 321.
El demonio. Poema traducido directamente del original ruso, segunda parte, por A. Fernandez Merino, 323.
Las posesiones del imperio alemán en Africa, 327.
El canal marítimo de Panamá, 327.
La mano de Dios, por don Manuel Fernandez y Gonzalez, 330.
El diputado del Ganges, por J. Ortega Munilla, 331.
Virgen y mártir (conclusion), 334.
El arco iris blanco, por José Rodríguez Mourelo, 335.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 338.
El Spoliarium, cuadro de don Juan Luna, por don Manuel Angelon, 339.
El aceite y las olas, por E. Benot, 343.
La mano de Dios (continuación), 347.
Tipos que se van. El vendedor de figuras, por E. de Lustonó, 350.
La ciencia antigua, por José Echegaray, 351.
La vuelta al año, por José Ortega Munilla, 354.
La mano de Dios (conclusion), 355.
La cajilla de fósforos, por E. Benot, 358.
Notas de noviembre. El pueblo en el Campo Santo, por Benito Mas y Prat, 362.
El desierto, por V. Colorado, 363.
La hoz, Leyenda montañesa, por J. Ortega Munilla, 366.
Dos hermanos, por Pedro María Barrera, 366.
Las edades de la atmósfera, por el doctor Hispanus, 367.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 369.
Los aplaudidores, por Enrique Perez Escrich, 371.
El fanatismo del diablo, por don Ramon Martinez de Fuensanta, 371.
La ciencia antigua. Los órganos hidráulicos, por A. de R., 375.
El 2,645. Cuento que aspiraba á ser millon y millon que no pasó de cuento, por Luis Mariano de Larra, 378.
El fanatismo del diablo (continuación), 379.
Congreso internacional de Washington, por E. Benot, 383.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 386.
El fanatismo del diablo (conclusion), 387.
La feria, por Eduardo de Palacio, 390.
Navegacion aérea. Aparatos más pesados que el aire, 391.
La ciudad de los Césares, por A. Blanc, 394.
El buen ejemplo. Dolora escrita por don Ramon de Campoamor, 395.
Tipos contemporáneos. El amigo Pepe, un buen muchacho, por Fernando Araujo, 398.
El pororoca, por E. Benot, 399.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 401.
El barbero de Seijo, por Angel del Palacio, 403.
Tipos contemporáneos (conclusion), 406.
El pororoca (conclusion), 407.
José Echegaray, por Luis Alfonso, 410.
Amor y misterio, por A. Sanchez Perez, 411.
El barbero de Seijo (conclusion), 414.
Los prodigios del sonido, por el doctor Hispanus, 415.
La vuelta al año, por J. Ortega Munilla, 418.
La Danae del Ticiano, por Benito Mas y Prat, 419.
Gimnasia, por Eduardo de Palacio, 422.
Los prodigios del sonido, II, por el doctor Hispanus, 422.
Procesion á la luz de la electricidad en Nueva York, por M. A., 423.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TERCER TOMO DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

- Una hermosura vienesa (galería de mujeres hermosas), 1.
Los segadores, composicion y dibujo de Ricardo Balaca, 4.
El último en llegar fué piernas de S, cuadro por Roberto Fontana, 5.
Sieba, dibujo por G. Vuillier, 7.
La jura de los fueros, copia del cuadro del señor Guinea, 8.
El goloso, cuadro por J. Verhaz, 9.
Monumento erigido en honor de Isabel la Católica, en el paseo de la Castellana (Madrid), (obra escultórica de don Manuel Oms), 12.
El bautizo del póstumo, cuadro por A. Hoff, 13.
El triciclo de M. Terry, en tierra (copia de una fotografía), 15.
El triciclo de M. Terry transformado en embarcacion, representado durante la travesía del Paso de Calais. efectuada el 28 de julio de 1883 (copia de una fotografía), 15.
Palacio de hielo en Montreal (Canadá), 16.
Los naufragos, cuadro por J. Hilverdink, 16.
El rigor del invierno, cuadro por E. Trentin, 17.
Flamenco puro, dibujo por Llovera, 20.
Flamenco mezclado, dibujo por Llovera, 21.
El vendedor de castañas en Paris, dibujo por Hugo Kauffmann, 23.
Cogido infraganti, cuadro por C. Ziermann, 24.
Muerte de Calígula, cuadro por Alma-Tadema, 24.
Titania, grupo escultórico por Efraim Keiser, 25.
Paseo solitario, cuadro por J. R. Wehle, 28.
El abuelito, cuadro por J. Gascointz, 29.
¡Marchóse! dibujo por W. Tangley, 31.
¡Jaque-mate, cuadro por Enriqueta Ronner, 32.
El domingo, cuadro por Otto Kirberg, 32.
María, cuadro por Beers, 33.
¡Que viene el león! cuadro por Franz Verhas, 36.
La vida moderna, cuadro por Lorenzo Casanova. (Este cuadro lleva el número 49 en el catálogo de la Exposicion París), 37.
Nuevo aparato americano para despejar de nieve las vías férreas, 39.
Detalle de la espiral vertical del anterior aparato, 39.
Puerta del palacio de Mosen Sorell, en Valencia, 40.
Paisaje de invierno, cuadro por A. Schweitzer, 41.
El regimiento de granaderos wurtembergueses, «Reina Olga», en el parque de Coeuilly, 30 de noviembre de 1870, 44.
La pasion del combate, cuadro por Baslet J. Pott, exhibido en la real Academia de Londres, 45.
El arte moderno, estatua por Rodolfo Weyr, 46.
El arte del Renacimiento, estatua por Rodolfo Weyr, 47.
Un toque atrevido, cuadro por Meyer de Bremen, 48.
Un mendigo, cuadro por R. Tusquets, 49.
Visita á los abuelos, cuadro por R. Vine, 52.
Pierrotine, cuadro por E. Serra, 53.
Indecision, cuadro por W. Schutze, 54.
Los únicos amigos, cuadro por A. Spiess, 55.
Las rocas del Paternoster, cerca de Guernesey, dibujo por Pleilch, 56.
Flores silvestres, 57.
La catedral de Colonia, 60.
Prision de Ratoezis, cuadro por Julio Bencsur, 61.
El día terrible, cuadro por H. Bethke, 62.
Una congoja, cuadro por C. Karger, 63.
El popular compositor C. Lecocq, 64.
Cachorros de pantera del Jardin zoológico de Dusseldorf criados por una gata, 64.
El tentador, cuadro por J. E. Gaiser, 65.
Alejandro Dumas (padre), 68.
Alejandro Dumas (hijo), 69.
Silla de la coronacion, espada y escudo de Eduardo III en la abadía de Westminster, 70.
Abadía de Wittby, 71.
Un soldo por Dio, cuadro por Heraldo Friedrich, 72.
La fuente milagrosa, cuadro por F. Wagner, 73.
¡Cuánto tarda! cuadro por J. E. Saintin, 76.
La luna de miel, cuadro por Leopoldo Roca, 77.
Chimenea del siglo XVII, 78.
Sepulcro de Eduardo el Confesor, en la abadía de Westminster, 79.
El primer cuarteto femenino austriaco, 80.
El tiempo precipitando las horas, reloj modelado por Gustavo Doré, 80.
Retrato del distinguido pintor L. Alma Tadema, dibujado por A. Schubert, 81.
Un idilio en el mar, cuadro por J. Kray, 84.
Melancolía, cuadro por J. Marqués, dibujo del mismo, 85.
En la iglesia, cuadro por A. Spring, 86.
María Heilbronn, de la Opera cómica francesa, 87.
¡Abre! cuadro por H. J. Zügel, 88.
La ciencia antigua, dos grabados, 88.
Un buen amigo, 89.
En el piano, 92.
Sherezada, cuadro por Fernando Keller, 93.
Flores para la fiesta mayor, cuadro de Virgilio Ripari, 95.
¡Ya llega papá! cuadro por F. Sadée, 96.
El amor y el hado, grupo escultórico por Gustavo Doré, 96.
La muerte de Virginia, cuadro por Miola, 96.
Julietta y Fray Lorenzo, cuadro por T. Wores, 97.
Cazador germano, notable escultura por Otto Lang, 100.

La traición de Carmagnola, acuarela por Villégas, 101.
 El primer tropiezo de un artista, cuadro por Eugenio Sticler, 102.
 Nacida en los barrios bajos, dibujo por Fernando Fonseca, 103.
 La cuna vacía, dibujo a la pluma por Llimona, 104.
 El hijo de Chilperico, cuadro por Alberto Maignan, 105.
 La canción del día, cuadro por Fausto Zonaro, 108.
 El primer fruto de bendición, cuadro por Fausto Zonaro, 109.
 Lorelei, estatua por Roberto Caner, 111.
 El conde T. du Moncel, notable electricista, 112.
 Los tramposos, cuadro por Pablo Meyerheim, 112.
 La dolorosa, cuadro por Guido Reni, 113.
 El moribundo, grupo escultórico por Enrique Butti, 116.
 Mater dolorosa, cuadro por Carlos Velat, 117.
 La maternidad, dibujo por P. P. Rubens, 119.
 Jesucristo, escultura por Francisco Rude, 120.
 El domingo de Ramos, fresco por Flandrin, 120.
 Una camarera, cuadro por Otto Erdmann, 121.
 ¡Viene!... cuadro por Canuto Ekwall, 124.
 Una procesión en S. Márcos de Venecia, acuarela por Arcadio Mas (Exposición Parés), 125.
 Maniobras militares en Alemania, fotografía instantánea por el procedimiento de Meisenbach, 126.
 Maniobras militares en Alemania, 127.
 Escena valenciana, cuadro por J. Agrasot, 128.
 Leopoldo Cano, celebrado autor de «La Pasiónaria», 129.
 Un modelo árabe, cuadro por Ricardo Madrazo, 132.
 Los protagonistas de «La Pasiónaria», 133.
 La lección de escritura, dibujo por A. Hamman, 135.
 J. B. Dumas, célebre químico, secretario perpetuo de la Academia de ciencias de París, fallecido el 11 de abril, 136.
 Fariseo y Publicano, copia del celebrado cuadro de Robbeke, 137.
 Una máscara, dibujo por Vierge, 140.
 Plenilunio, dibujo por Llovera, 141.
 El corazón de un Rey, grupo escultórico por Ximenes, 143.
 En el costurero, 144.
 Conversación íntima, cuadro por F. Gturbina, 144.
 La vuelta del pescador, cuadro por M. Edel-feldt, 145.
 Clemente V después del festín de su coronación, cuadro por J. P. Laurens, 147.
 Un matrimonio inocente, cuadro por M. Buland, 148.
 Entierro de Atala, cuadro por M. G. Courtois, 149.
 ¡Abandonado!, cuadro por M. Deschamps, 151.
 ¡Pobre Yorick!, cuadro por M. Dagnan, 152.
 El fraile mendicante, cuadro por J. Wehle, 153.
 Manon Lescaut, cuadro por Dagnan, 156.
 Las cartas, dibujo por J. R. Wehle, 157.
 Monumento a Garibaldi en Turin, por Eduardo Tabacchi, 159.
 Candelero de bronce dorado, 160.
 Jarrón de arcilla dorada con esmaltes azules, 160.
 La Abundancia, estatua en bronce para centro de mesa, 160.
 Fuente de arcilla de dibujos dorados sobre fondo de color de marfil, 160.
 Escudo que perteneció a Enrique II de Francia, 161.
 El barón de Munchhausen, cuadro por Vicente S. Lerche, 164.
 Salida de un baile, cuadro por Ribera, 165.
 Una visita inoportuna, cuadro por Gustavo Sus, 166.
 El toque de año nuevo, cuadro por Otto Kopp, 167.
 Recolectoras de fucos y algas, cuadro por H. Rasch, 168.
 Recuerdo de Roma, cuadro por Enrique Serra adquirido por el señor Buxareu, 168.
 Violante, hija de Palma el viejo, celebrado cuadro de P. Bordone, 169.
 Teatro de la Opera en Buda-Pesth, 172.
 Una historieta divertida, cuadro por O. Erdmann, 173.
 Triciclo eléctrico de acumuladores, 175.
 Los desolladores de tímpanos, cuadro por L. Neustaller, 175.
 Cañon para disparar cartuchos de dinamita, 176.
 Proyecto de ferro-carril subterráneo en Nueva-York, 176.
 José David, retrato por J. M. Marqués, 177.
 La cantinera, dibujo por J. R. Wehle, 180.
 Muerte de Sisara, cuadro por Ramon Tusquets, 181

El memorialista, cuadro por Guillermo Winder, 182.
 Una medida importante, cuadro por Guillermo Claudius, 183.
 Estudio a la pluma, por B. Galofre, 184.
 Los cachorros, cuadro por A. Eberle, 184.
 La mujer hacendosa, estatua por Vordermayer, 185.
 El circo por dentro, cuadro por Fikentscher, 188.
 El rey llega, cuadro por J. F. Hennings, 189.
 Rafael Sanzio, estatua por Redler, 191.
 Escena de amor, cuadro por F. Oberland, 192.
 M. Wurtz, eminente químico francés, 192.
 Actitud de un soldado a las veinticuatro horas de su muerte, 192.
 La mujer del bandolero, cuadro por G. Schauer, 193.
 El sillón desocupado, cuadro por Percy Macquoid, 196.
 Los niños de la aldea, 197.
 Pirófono de M. Kastner, 198.
 El aprendiz de zapatero, cuadro por A. Rotta, 199.
 Preparativos para formar en la parada, cuadro por G. Green, 200.
 La colecta, cuadro por G. Knorr, 200.
 La romanza, dibujo por Wehle, 201.
 Los vándalos en Roma, cuadro por Hirschl, 204.
 La salida del convento, cuadro por Cortazzo, 205.
 Vendedora de naranjas, cuadro por Fabio Cipolla, 207.
 La última adquisición, cuadro por H. Stetzner, 208.
 La crítica que muerde, cuadro por G. Koch, 208.
 Diez y ocho abriles, cuadro por J. de Beers, 209.
 Los cómicos de la legua, cuadro por J. Grutznert, 212.
 Merienda campestre, cuadro por M. Volkhart, 213.
 Aparentando un rebaño, dibujo por B. Galofre, 215.
 Mecanismo que ponía en movimiento el trípode de Vulcano, 216.
 El charlatan, copia de un cuadro de B. Ferrandiz, 216.
 Vista exterior del taller de los señores Masriera en el ensanche de Barcelona, 217.
 Una hostería romana, cuadro por E. de Jans, 220.
 La venganza de las flores, cuadro por G. Wertheimer, 221.
 Estatua del pintor Rosales, que adorna la entrada del taller de pintura de los señores Masriera, ejecutada por el señor Reinés, 222.
 Estatua del pintor Fortuny, que adorna la entrada del taller de pintura de los señores Masriera, ejecutada por el señor Reinés, 223.
 Llegó tropa, cuadro por Tomás von Kater, 224.
 La morena y la rubia, cuadro por H. Bource, 224.
 Mlle. Nevada, distinguida cantante norteamericana, 225.
 El matrimonio de Romeo y Julieta, cuadro por C. Becker, 228 y 229.
 Al pie de la escalera de los Gigantes en Venecia, cuadro por H. Woods, 231.
 José y la mujer de Putifar, grupo en mármol por Adam Tadolini, 232.
 La salida de la aldea, cuadro por H. König, 233.
 Museo nacional de pinturas en Berlín, 236.
 La Primavera, cuadro por Pablo Thusmann, 237.
 En el campo, 238.
 En la ciudad, 239.
 La artillería en un día de combate, cuadro por Ricardo Balaca, reproducción fotográfica por el procedimiento Meisenbach, 240.
 El tirolés Andrés Hofer recibiendo una carta del emperador de Austria en la que le ofrece auxilio, cuadro por F. Defreyger, 240.
 Mendigo granadino, dibujo del natural por J. M. Marqués, 241.
 Cogidas infraganti, cuadro por J. Weiser, 244.
 ¡Por una nimiedad!... cuadro por E. de Peerdt, 245.
 Joven alsaciana, 247.
 Durmiéndose, dormida y dormitando, dibujo del natural, 248.
 Un descuido aprovechado, cuadro por J. Sonderland, 248.
 Paisaje, por H. Boulenger, 249.
 ¡Doblará el cabo! cuadro por M. Ancher, 252.
 Medea, cuadro por N. Sichel, 253.
 Pescadores italianos, dibujo a la pluma por B. Galofre, 255.
 El generador eléctrico del ferro-carril de Francfort a Offenbach, 256.
 El ferro-carril eléctrico de Francfort a Offenbach, 256.
 Estudio de tipos, colección de cuadros por Gustavo Richter, 257.
 Expulsión de los cuáqueros, de Massachussets (1660), 260 y 261.
 Guardianes de ganado, dibujo a la pluma por Galofre, 262.
 Baco y Ariadna, grupo por Juan Schilling, 263.

La música en el convento, cuadro por E. Grutznert, 264.
 Desde el palco, dibujo por Llovera, 265.
 El matrimonio civil, cuadro por B. Vautier, 268.
 Costumbres romanas, cuadro por G. Scinti, 269.
 Marco Antonio contemplando el cadáver de César, 271.
 La taberna, cuadro por J. Ostade, 272.
 El candor, cuadro por J. Zenisek, 273.
 La electricidad, cuadro por Kandler, 276.
 Paisaje, por Marqués (adquirido por el tenor Angelo Masini), 277.
 Andrómeda, estatua por Bonamore, 279.
 Entre Scila y Caribdis, cuadro por L. Hoffmann, 280.
 Bobina y pila portátiles, 280.
 Reloj telegráfico, 280.
 Aparato acústico (parleur), 280.
 Una estrella, estudio por H. Schmiechen, 281.
 Horas plácidas, cuadro por J. R. Wehle, 284.
 Una escena de los Nibelungos, cuadro por T. Pixis, 285.
 La curiosidad, 287.
 Máquina de luz eléctrica para reconocimientos en campaña, 288.
 Carlomagno destruyendo el ídolo de Irminsul, 288.
 ¿Será almirante? acuarela por H. Valtenburg, 289.
 Una partida de bolos, cuadro por A. Viendt, 292.
 El D. Juan de los Mèganos, cuadro por Carlos Mucke, 293.
 Pila de bicromato de potasa para inflamar los barrenos, 295.
 Explosor magnético, sistema Breguet, 295.
 Explosión de torpedos por la electricidad, sistema de defensa de puertos y costas, del general Chazal, 295.
 El gran Iguanodon del museo de Bruselas, 296.
 Soldados árabes en el desierto, 296.
 Joven de Capri, estudio por Sargent, 297.
 Edipo y Antígona, cuadro por J. Stallaert, 300.
 Noche toledana, dibujo por Ricardo Balaca, 301.
 Salvamento de un hombre caído en la fosa de los osos del Jardín de Plantas de París, 303.
 ¿No ves que te quemas?, 304.
 Segadores muertos instantáneamente por un rayo, 304.
 El último sorbo, cuadro por Julio Theuer, 305.
 El tañedor de laúd, cuadro por C. Probit, 308.
 El peor de los peores, dibujo por A. Fabrès, 309.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 310.
 Tipo catalán, escultura por don Rosendo Novas, 311.
 Globo dirigible eléctrico de los señores Renard y Krebs, 312.
 Concierto casero, 312.
 Dama del siglo XVII, cuadro por M. Gronvold, 313.
 El exámen de catecismo, cuadro por Baumgartner, 316.
 El otoño, grabado por Froment, 317.
 Ante el espejo, cuadro por G. Induno, 319.
 Regreso al hogar, cuadro por Hans Dahl, 320.
 Los relojes hidráulicos en la antigüedad, 320.
 Una predición triste, cuadro por V. Palmarioli, 321.
 Un viaje de recreo, cuadro por C. Raupp, 324.
 Armas y letras, cuadro por E. Serra, 325.
 Sobre la pista, dibujo por G. Koch, 326.
 Toma de posesión por la marina alemana del territorio del río Camerun, situado en la costa de Africa en frente de nuestra isla de Fernando Póo, 327.
 Crover Cleveland, candidato presidencial, 328.
 Thomas A. Hendriks, candidato vicepresidencial, 328.
 Trazado del canal de Panamá, 328.
 El más feliz de los tres, cuadro por L. Deschamps, 329.
 Pierrot, cuadro por L. Comere (Salon de París de 1884), 332.
 El chalan, dibujo por Ricardo Balaca, 333.
 Quede V. con Dios... cuadro por G. Costa, 334.
 El arco fris de Ulloa, 335.
 El amor, la música y el vino, cuadro por Schneider, 336.
 Don Juan Luna y Novicio, autor del Spoliarium, 337.
 Vista de Pola, 340.
 Junto al pozo, dibujo de J. Llimona, 341.
 Barrios altos de Granada, dibujo por J. M. Marqués, 342.
 Una calle de Córdoba, dibujo por J. M. Marqués, 343.
 Las traillas, 344.
 Marina, por H. Mesdag, 344.
 El ángel de la paz de los sepulcros, por P. Müller, 345.
 Hans Makart, 346.
 Hans Makart en su lecho de muerte, 347.
 Una cacería en el Nilo, cuadro por Hans Makart, 348 y 349.

Ana Judic, distinguida actriz francesa, 350.
 Estudio, por Meissonier, 351.
 Altar maravilloso descrito por Heron, 352.
 Germania, por H. Makart, 353.
 ¡Muerta!, 354.
 El primer paso, cuadro por Kaulbach, 356.
 La Rambla de las Flores en Barcelona, cuadro por Pellicer, 357.
 Annamitas silbando para atraer al viento, 358.
 Chino sobre su junco, 359.
 Bebé, dibujo por Stuckelberg, 360.
 Llegada del jete, apunte del natural por E. Mahover, 360.
 Escultura en un panteón del Campo Santo de Génova, 361.
 El nieto lloron, cuadro por G. Jacobides, 364.
 Vendedor de refrescos en el Cairo, cuadro por J. Seymour, 365.
 La que tira, 366.
 La que recoge, 367.
 Vendedor de perros, estudio del natural por Llovera, 368.
 Un cuarteto, dibujo por Daunat, 369.
 ¡Qué posma!... dibujo por Seymour, 372.
 La caridad, copia de un cuadro del Correggio, 373.
 La vuelta de las golondrinas, dibujo de Giacomelli, 375.
 Antaño, dibujo por A. Zick, 376.
 Los órganos hidráulicos, tres grabados, 376.
 ¡Me ama!... cuadro por Fr. Reiss.
 Una lección de violín, cuadro por Miss. E. A. Armstrong, 380.
 Una sonámbula extra-lúcida, cuadro por M. Artigue, 381.
 Cuestión de cuba, cuadro por Khesing, 382.
 Flores de Mayo, 383.
 Hace un siglo.—Escena de la villa Borghese, cuadro por W. Martens, 384.
 Cañones del navío inglés Courageux, naufragado en 1796, recientemente encontrados cerca de Gibraltar, 384.
 El domingo en Londres, por Adrien Marie, 385.
 Un refugio, dibujo por Giacomelli, 388.
 La playera, dibujo por Llovera, 389.
 El bono de la caridad, 391.
 Un reconocimiento por los ingleses en el Sudan, dibujo por R. C. Woodville, 391.
 Navegación aérea, aparatos más pesados que el aire, tres grabados, 392.
 Dos veces niños, cuadro por Loivitz, 393.
 El buen ejemplo, 395.
 Grupo de amorillos, por Hans Makart, 396.
 ¡Pobre ciego! cuadro por Leopoldo Carlos Müller, 397.
 Mercurio, estatua por Sellier, 399.
 Baron Bildt, representante de Suecia y Noruega, 400.
 El príncipe de Bismarck, 400.
 Marqués de Bedmar, representante de España, 400.
 Conde de Launay, representante de Italia, 400.
 John A. Rason, representante de los Estados Unidos norteamericanos, 400.
 Conde E. Szecheny, representante de Austria-Hungría, 400.
 Sir Eduardo B. Malet, representante de Inglaterra, 400.
 Conde Hatzfeld, ministro prusiano de Negocios extranjeros, 400.
 Marqués de Peñañel, representante de Portugal, 400.
 Un matrimonio de conveniencia, cuadro por A. Louftaunau, 401.
 Incendio de un teatro, cuadro por R. Ernst, 404.
 Galantería de antaño, cuadro por Carlos Gampenkieder, 405.
 James G. Blaine, 407.
 John A. Logan, 407.
 Arquitectura infantil, dibujo por Seymour, 407.
 Marcela Sembrich, distinguida prima donna del Gran Teatro del Liceo, 408.
 M. Clodoveo Hugues, 408.
 Mme. Clodoveo Hugues, 408.
 D. José Echegaray, 409.
 La exploración, cuadro por A. Delobbe, 412.
 Ricos y pobres, cuadro por Turina, 413.
 Un billete amoroso, cuadro por G. Papperitz, 415.
 Una invasión formidable, dibujo por L. Knaus, 416.
 Una carreta del Norte, cuadro por A. W. Kasalski, 416.
 La vuelta de otro hijo pródigo, cuadro por H. Lindenschmidt, 417.
 La escalera de un ministerio, cuadro por A. Lonza, 420.
 El Tintoretto retratando a su hija en su lecho de muerte, cuadro por B. Roch, 421.
 La última hora del año, 423.
 Predicar en desierto, 423.
 El negro eléctrico de Edison en la Exposición de Filadelfia, 424.
 Gran procesión a la luz eléctrica en Nueva York (dos grabados), 424.

SUPLEMENTOS ARTÍSTICOS Y PÁGINAS QUE CONTIENEN SU DESCRIPCIÓN

El aviso de un descarrilamiento, cuadro por Manuel Spitzer, 3.
 El palacio de la Exposición en Niza, 51.
 Mujeres romanas, por Luna, 67.
 Apoteosis de Gustavo Doré, 82.
 La lección de pesca, 99.
 Triunfo de la aurora, 115.
 Venus acariciando al amor, cuadro por Pompeyo Battoni, grabado por Porporati, 130.
 Retrato, por M. Chaplin, 150.
 El cuerpo del delito, cuadro por T. Moragas, 163.

El amor en la aldea, cuadro por Bastien Lepage, 179.
 El cumpleaños del abuelo, cuadro por Gustavo Igler, 195.
 La víspera de la fiesta de la Asunción en Roma, dibujo de Enrique Serra, 211.
 Fantasía, cuadro por Gustavo Courtois, grabado por M. Baude, 227.
 Cripta de la Catedral de Granada en la que se conservan los restos de los Reyes Católicos. Dibujo de Pradilla, 243.

Pena al ladrón, copia de una acuarela de A. Fabrès, grabada por M. Weber, 259.
 Regreso de Flandes, copia de una acuarela de Pradilla, grabada por M. Weber, 259.
 La paga de los segadores, cuadro por Lhermitte, 275.
 Escenas parisienses.—¿Qué ha sucedido? cuadro por J. Pellicer, 291.
 Vision de San Francisco de Asís, cuadro por T. Chartram, 307.
 La iglesia de San Pablo en Londres, dibujo por S. Read, 323.

El Spoliarium, cuadro por Juan Luna (primer premio de la última Exposición madrileña), 339.
 Retrato de un almirante, por Troitz-Hals (Museo de San Petersburgo), 355.
 La matanza de Macheoul, cuadro por F. Flameng, 370.
 Ocupación de Nueva York por las tropas americanas, 387.
 La Noche Buena, cuadro por E. Zimmermann, 403.
 Mamá deja bailar, 419.



AÑO III

← BARCELONA 1.º DE ENERO DE 1884 →

Núm. 105

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA HERMOSURA VIENESA. (Galería de mujeres hermosas)

SUMARIO

REVISTA DE MADRID: *La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—LOS GOMOSOS, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—MAL DE OJO, por don Fernando Marmolejo.—NOTAS DE MI VIAJE (1), por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—UNA HERMOSURA VIENESA (Galería de mujeres hermosas).—LOS SEGADORES, composición y dibujo de Ricardo Balaca.—EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUÉ PIERNAS DE S., cuadro por Roberto Fontana.—SIEBA, dibujo por M. G. Vuillier.—LA JURA DE LOS FUEROS, cuadro por el Sr. Guinea.—Lámina suelta.—EL AVISO DE UN DESCARRILAMIENTO, cuadro por Manuel Spitzer.

REVISTA DE MADRID

LA VUELTA AL AÑO

Sí, otra vez empezamos á darla, tripulantes de la misma nave, temerosos de los mismos temporales y esperanzados en las mismas bonanzas. La muerte de un año, el nacimiento de su sucesor, tienen cierta solemnidad trágica, parecen un vaticinio, un consuelo para unos, un pavoroso misterio para otros. El que sufre ve con alegría ese recordo que hace el camino. ¿Quién sabe si al otro lado empezarán idílicas y serenas regiones donde el amor se hospeda en el nido de plumas recogidas y mullidas por la dicha? El que es feliz ¿no imagina un peligro en cada paso y un enemigo en cada día? Esta febril impaciencia del vivir nos hace contar la existencia en fracciones para acomodarlas á nuestras ansiedades de lo no poseído y á nuestro hastío de lo gozado.

«El año que viene seré mayor de edad,»—dice el rico heredero á cuya fogosa condicion inquietan las paternas riendas del tutor.

Si el tiempo estuviera dividido en etapas, ¿cómo componerse para fijar un plazo á ese férvido deseo de prodigalidades?

«¿Quién sabe si el año que viene habré yo muerto?»—Esta cruel interrogacion balbuceada por seniles labios, funda una esperanza en el sepulcro.

¡Años, que pasais, blanqueando las cabezas de los hombres, no sé si odiaros ó amaros con idolatría! Porque vos otros destruis la belleza, pero tambien apagais los rencores; echais abajo los monumentos, pero tambien levantais con alas de triunfo al injustamente derrocado. Sois puñal que hierde y bálsamo que sana, fortaleceis el vigor del alma con la experiencia y disminuís el de los músculos con los achaques. Sois en el abuelo una corona de nieve, que hasta el sol besa con amor y respeto.

Todos los hombres quieren vivir mucho, pero ninguno gusta de tener muchos años.

La familia tiene sus fiestas en estos días, que son un puente para cruzar de un año á otro, al mismo tiempo que en Sevilla se celebrará un congreso socialista, cuyo objeto es proclamar el amor libre y la necesidad de que el Estado se encargue de alimentar y educar los hijos que resulten de las instintivas y carnales uniones del varon y la hembra.

¡Oh, sabios reformistas de la sociedad! Así, con un decreto, quieren cambiar los fundamentos de la vida y arrebatar al amor del hombre lo único que le distingue del de las bestias: la perpetuidad del sentimiento. Para tales innovadores el amor es un beso y una gestacion. Si hemos de llegar á tal progreso no valia la pena que se ha tomado naturaleza diferenciando al *homo sapiens* del *simia troglodita*.

Dejemos desvanecerse entre el clamoreo de los manicomios estos gritos de oradores energúmenos para mirar ese apretón de manos que trémulos de dicha se dan esos dos novios, en el momento en que el día de San Silvestre entrega sus dominios al día de San Manuel. Ese apretón de manos significa la familia de mañana, la bendición del sacerdote, sobre cuya vestidura recamada de oro parece descender en aquel momento toda la luz del cielo, una cuna adornada de encajes, juguete de los ángeles, tan blanca y tan bonita, que es una sonrisa de inocencia y gracia capaz de hacer desarrugar el entrecejo más avieso é iracundo.

En los países meridionales muchas mujeres tienen la supersticion de que esa noche que une los dos años es fecunda en alegrías y que aquellos que al dar las doce en los relojes cambian una sonrisa de amor, quedan unidos para siempre con los lazos que Dios ata, y sólo la muerte desata.

Santas supersticiones, ¿hay quién se burle de ellas? Sin duda. Pero el día en que ningun pecho las conserve en su tesoro de ilusiones, el día en que la vida sea una marcha mecánica por una calle tirada á cordel, entónces.... entónces sólo los boticarios cogerán rosas, y eso para hacer remedios; sólo los astrónomos mirarán á las estrellas, para medir sus distancias.

Los años... los estrechos... vieja costumbre que va perdiéndose en la irrupcion de las costumbres francesas. Sólo la clase media la conserva; un sombrero en que se han metido pequeños papeles con los nombres de las damas conocidas... otro sombrero en que se depositan los nombres de los caballeros... La suerte los une y estos casuales consorcios obligan al galán á regalar á la dama una caja de dulces. ¡Pequeño compromiso!

La antigua cortesania castellana hacia de estos emparejamientos de año nuevo un vasallaje espiritual, en virtud del cual el galán era durante doce meses defensor y

mantenedor de la belleza de ella. Era la era aquella en que se cambiaban besos por estocadas y en que los hombres morian por agrandar á las mujeres. Hoy á esa era de galantería, ha sucedido la era del vitriolo. Las mujeres no necesitan lanzas que las defiendan. Un frasco de la corrosiva materia asegura su venganza. La química combinada con las pasiones.

Pronto llegarán. Es de noche cuando arriban, con sus esbeltos caballos y sus fornidos camellos. La fantasía del pueblo cristiano los ha adornado de toda suerte de prendas. Son tres Reyes *indestronables*, en cuyos oídos augustos no puede sonar el airado compás del *Ca-ira*. Son la personificación de la magnanimidad. Sus manos no se cansan de dar. Están en combinacion con los tiroleses y con los fabricantes de juguetes de Nuremberg. Sus favoritos son los niños. Entre las tejas de una buhardilla dejan un puñado de cuartos, en el elegante balconaje del palacio dejan una maravillosa muñeca, de ojos de azabache y mejillas de porcelana, vestida de raso. Esta analogía entre la suerte de los niños y las dádivas que les hacen es una prueba más del talento bondadoso y previsor de los Reyes magos. Imaginaos lo que pasaria si dejaran un juguete de gran valor en el zapatito de un mendigo. El contraste entre la mísera olla que habia comido, olla en que la pobreza echa la más apetitosa salsa del mundo, y el muñeco adornado como un rey, seria terrible. ¡Una fiesta para los ojos, cuando el estómago carece de aquello que pide con dolores! Es pues una prodigalidad bien entendida la que da al hijo del mendigo pobre regalo, y se le hace magnánimo al hijo del rey!

Los tres Reyes del Oriente llegan al mundo entre gallos y media noche, cuando el sueño ha ido rindiendo todas las cabecitas infantiles. Miétras dura este sueño es cuando se lleva á cabo el milagro. Una ventana rápida mente abierta y cerrada. El Rey mago de servicio en aquel barrio se ha valido como intermediaria del prodigio, de una mujer, de una madre. Ya está ocupado el zapatito, el lindo zapatito de terciopelo y seda, el mísero andrango de cuero, de tacon descosido y desgarrados forros. ¡Qué es lo que hay dentro! ¡Quién puede hacer el catálogo, infinitamente vario en forma y detalles! Una moneda, una caja de soldados, un sable de laton, un rompe cabezas, un teatrillo Guignol con actores de papel, como los que hay en muchos teatros de hombres, esto es, de niños grandes. Ya que no puede decirse en una cifra el homo géneo valor metálico de esos regalitos de los Reyes Magos, puede decirse en una frase su significado:

A través de esos regalos se ven dos infinitos que se dilatan paralelos:

Un infinito blanco, de inocencia.

Un infinito azul, de amor maternal.

Los homenajes celebrados en honor de Cano, el autor de la *Pasionaria*, y los aplausos que Vico obtiene todas las noches en el teatro de la Zarzuela, son el único paréntesis que la literatura dramática ofrece en este largo y enojoso párrafo de las Pascuas. Son días vividos entre el besugo y el pavo, y propios de una literatura escénica ligera y fácil, poco artística, de grandes brochazos, en que se derrocha el rojo chillon de lo bufo, mezclado, á las veces, con alguna pinceladita de ingenio. No pide más el espectador que acaba de cenar opíparamente. Si le ofreceis en tales condiciones fisiológicas un drama serio, atentais á su digestion, cometeis un delito de lesa estómago. La risa, la risa sonora, contagiosa, este es el mejor digestivo, y eso pide el público de Noche-Buena y año nuevo. El chiste florece espontáneamente de sobremesa. El vino exquisito desata las trabas del ingenio, y despues de un banquete el hombre menos chistoso puede tener una ocurrencia promovedora de la hilaridad. Esta observacion servirá para explicar la benevolencia con que este público particular juzga las obras que se le someten.

He dicho que es un «público particular» el que llena los teatros de Madrid en estos días de Pascua. Sin duda alguna y cuando estos días pasan desaparece ese conjunto de personas que llenan el teatro desde el 24 de diciembre al 7 de enero. El burgués retraido, padre de numerosa familia; la pensionista, el retirado, el estudiante pobre, á quien paterno aguinaldo permite una orgía por Pascuas, comerciantes de soportal... hé aquí la lista de los que forman el referido público.

¡Con qué inocentes carcajadas son recibidos los chistes! ¡Qué oleadas de risa suben del patio á la galería y bajan del paraíso á las plateas!

Mariano Fernandez, que tiene sus frases como todo actor que se respeta, dice:

—Las funciones de aguinaldo no necesitan gracioso. Esta gente se reiria viendo *Locura ó Santidad*.

Aun cuando no son aquí de mi competencia los acontecimientos políticos, no puedo menos de apuntar, en mis cartones de cronista, un perfil muy vivo y enérgico de la vida de Madrid en estos días. El disentiimiento de los fusionistas y el gobierno hace temer un gran movimiento de personal, una inmensa emigracion de los colonos que pueblan ese país pingüe llamado «presupuesto.»

Sabido es que Madrid es una poblacion de empleados y cesantes. Esta es la razon de que las oscilaciones políticas, no por lo que tienen de políticas sino por lo que tienen de personales, desciendan á la tienda de ultramarinos, y suban á la Bolsa, influyan en la marcha de los negocios todos, en el precio de los fideos, y el del papel del Estado, en el crédito y boga de los sastres, en el auge de las casas de préstamos.

Si Hamlet, en vez de vagar por las rocas de Elsenour, hubiese vivido en Madrid, habria empezado su monólogo diciendo:

«Ser empleado ó ser cesante: esta es la cuestion.»

La prensa ha anunciado la fundacion de un gran círculo por la iniciativa de unos cuantos hijos castizos de Madrid. Este círculo se llamará: *Madrid-Club*.

El círculo será muy castizo, pero su título es inglés. ¿Cuándo volveremos á entendernos en castellano?... ¡una lengua tan clara y tan bonita!

Antes hablaba de las felices digestiones como resumen de la actividad humana en estos días. Hay una raza de filósofos mal humorados, especie de místicos modernos, que satirizan á la humanidad porque de cuando en cuando se entregan á la alegría y deja suelta la cuerda del arco de que en el viejo Apólogo hablaba Simónides. Preferirian una humanidad lúgubre, severa como un juez y seria como un asno.

Dios me libre de pensar de esa manera. Divertíos ¡oh mortales! Con fiestas y sin fiestas no dejará de ser la vida una comedia para el que piensa, una tragedia para el que siente.

J. ORTEGA MUNILLA.

NUESTROS GRABADOS

UNA HERMOSURA VIENESA
(Galería de mujeres hermosas)

Si esa dama pestañea, como se dice vulgarmente, hay que reconocer que la Providencia ha sido bien espléndida con ella. Su belleza es severa, es una de esas bellezas que no habla á los sentidos sino al sentimiento: su mirada serena parece hecha á propósito para contener á los osados; la expresion de su semblante nos trae á la memoria á las matronas romanas, no como quizás fueron, sino como nos complacemos en figurarnos que debieron ser.

No nos cansaremos de felicitar al autor, ó mejor á los autores, de esa original galería. Existe una en Berlin y otra en Munich. La contemplacion de lo bello, sobre todo en el tipo de la mujer, predispone para el ejercicio de nobles sentimientos. Lo bello inspira generalmente lo bueno; la contemplacion de la fealdad del cuerpo únicamente puede ser simpática á quien tenga el alma no menos fea. El hombre, hecho á semejanza de Dios, se inclina por naturaleza á cuanto le recuerda ó armoniza con la perfeccion de su Creador.

LOS SEGADORES,
composicion y dibujo de Ricardo Balaca

La faena ha sido ruda, el día caluroso: los segadores descansan despues de haber cumplido hasta con exageracion el precepto divino. La escena no puede ser más sencilla, ni la composicion más sobria.

El malogrado Balaca jamás buscó los efectos en la exageracion de ninguna de las manifestaciones de la naturaleza. La reproduccion tal como la veia en sus frecuentes excursiones, tan distante del poema como del idilio, pero sin incurrir en las fealdades de un realismo grosero, que existe sin duda, pero que el autor no está obligado á fotografiar; bien así como en sociedad se usan ciertas palabrotas que los escritores no están obligados á emplear en sus obras.

Balaca era un artista concienzudo, observador, que encontraba bellísima á la naturaleza tal como era y á quien nunca se le ocurrió que pudiera mejorarla el primer pintor del mundo. A la vista de sus *segadores*, como de cualquier otro de sus cuadros, lo primero que se ocurre es:—Esto es verdad, es decir, esto es la verdad.

EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUÉ PIERNAS DE S.,
cuadro por Roberto Fontana

Piernas de S., así llamado por lo torcido de las suyas, es uno de esos séres de quienes dijo Larra que hubieran sido lo más indigno de la sociedad á no ser porque eran aún más indignos los grandes señores que los mantenian á sus expensas. Contrahecho por naturaleza, maligno por temperamento, desvergonzado por razon de su cargo, *Piernas de S.* es un bufon tan convencido de su infamia como seguro de su impunidad.

Ahora bien, á la puerta de una mansion feudal, dos hermosos pajes, dos jóvenes tan gallardos cuanto el bufon es contrahecho, hacen con burlesca exageracion, los honores al rezagado, que se dirige al castillo con toda la prosopopeya de un caballero pagado de sí mismo. Bien sabe *Piernas de S.* que si los jóvenes servidores de su señor se permiten esa inocente burla, no es por dureza de corazon, sino por efecto de sus pocos años. No importa, el bufon se vengará; el bufon, por lo mismo que ha sido educado en las condiciones de perro favorito, muerde cuanto aborrece y aborrece todo lo que respira juventud, candor, alegría.

Pasaron, por fortuna, esos tiempos en que la falta de honestas distracciones obligaba á los grandes señores á recrearse con las groserías de sus bufones, que no pocas veces dieron lugar á sangrientos conflictos. El autor del cuadro que nos ha trasportado á esos tiempos, une á un diestro pincel el sentimiento de la situacion que representa. Su cuadro es una obra de arte que tiene verdadero sabor de feudalismo.

SIEBA, dibujo por M. G. Vuillier

Sieba existe, Sieba es Mlle. Zuchi, en el baile de aquel nombre representado en el Eden-Teatro de Paris.

Mis lectores no saben quien es Mlle. Zuchi... Se lo diremos. Por de pronto, á la vista de su retrato, sin necesidad de mayor demostracion, echarán de ver que es una muchacha preciosa, una de esas bellezas que juntan á la perfeccion de sus líneas, una expresion que las hace esencialmente simpáticas.

Lo demás es lo de ménos, como decia el otro. Mlle. Zuchi es una artista, porque ahora ya hemos convenido en que cuanto se exhibe en espectáculo pertenece al arte. Dicho sea, empero, en honor de la artista Mlle. Zuchi, primera bailarina del Eden-Teatro, su talento se halla en relacion directa de los pies á la cabeza, y si baila como una *willi*, declama como una *Ristori*, salva

la interdicción de la palabra, sin cuyo auxilio expresa perfectamente los sentimientos que la agitan, según los tipos que representa. Un periodista francés dice de ella que ha elevado la danza á la altura del genio... Tanto mejor para Mlle. Zuchi. Después de todo ¿no danzó David delante del Arca? ¿No es la musa de la danza una de las nueve hermanas de Apolo? Y finalmente, la inmensa mayoría de los mortales ¿somos otra cosa que una colección de danzantes?

LA JURA DE LOS FUEROS,
cuadro por el Sr. Guinea

Sabido es que los antiguos príncipes españoles al heredar el trono se veían obligados á jurar los fueros otorgados á algunos de sus Estados ó ciudades por sus antecesores, ó concedidos por ellos mismos en virtud de algun servicio notable prestado por estas á la patria ó á la corona. Esta ceremonia de la jura de los fueros ha inspirado al artista español Sr. Guinea, residente en Roma, el bellissimo cuadro cuya reproducción insertamos en el presente número, y en el que son dignos de encomio su correcto dibujo, la bien estudiada y expresiva actitud de los personajes, y el conocimiento histórico que así en indumentaria como en armas y demás accesorios revela su autor.

EL AVISO DE UN DESCARRILAMIENTO,
cuadro por Manuel Spitzer

El hombre no domina impunemente á la naturaleza. Cual si la materia hiciera de cuando en cuando un poderoso esfuerzo para sacudir el yugo de la inteligencia, distintas veces llega á nuestro conocimiento la nueva de alguna catástrofe; advertencia terrible, pero la más á propósito para humillar el orgullo humano y demostrar que las obras del hombre distan aún mucho de la perfección que tanto le preocupa. Ya una explosión de gas sepulta en vida á muchos infelices mineros; ya el mar embravecido traga la nave que le surcaba altiva pocas horas ántes; ya el más pequeño descuido de un empleado rendido de sueño, de frío ó de fatiga, es causa de un choque ó de un descarrilamiento en la línea férrea. En cualquiera de esos accidentes se produce la consternación natural, ya no tan sólo en sus víctimas inmediatas, sino en las familias que, teniendo á alguno de sus miembros en el lugar de la catástrofe, desconocen la suerte que pueda haberle cabido en ella.

Una de esas escenas de alarma, de confusión, de dolor, representa nuestro grabado, y con tanta verdad la representa que sus distintos grupos parecen copias del natural. Ninguna explicación necesita esta lámina, en la cual desde la indiferencia del muchacho vendedor de periódicos, hasta la desesperación de la jóven que llora una inesperada pérdida, todo está reproducido con una verdad y un arte que avaloran las excepcionales dotes del autor de este lienzo.

LOS GOMOSOS

I

Las plagas son un medio de que se vale el Sér supremo que rige al Universo para castigar las faltas de los hombres.

En tiempo de Faraon no había gomosos.

Si los hubiera habido ellos hubieran sido la octava y más terrible plaga de Egipto.

La civilización ha producido cosas estupidamente insoportables.

Una de ellas es ese necio almibarado, elegante, entremetido, mixto de mujer inútil y vana y de mono audaz, sin vergüenza y cobarde que se llama el gomoso.

Tiene todas las ridiculeces de que es susceptible ese gran sér que se llama hombre y de quien dicen las escrituras sagradas, y es necesario creerlo, que está hecho á imagen y semejanza de Dios.

Pero el gomoso no es un hombre propiamente dicho.

Es una especie de insecto social, una broma de la naturaleza, un castigo que se parece á una mujer vestida de hombre.

Es pomadoso, empalagoso, insoportable.

A donde quiera que van ellas va él.

Los grandes animales feroces tienen adjunto un sér ruin y pequeño enemigo suyo del que no pueden defenderse; el águila, tiene al gorgojo: así el gomoso está adjunto á las mujeres.

Tanto más la mujer es importante, hermosa, magnífica, tanto más el gomoso la aflige, la sigue, la acosa, la sofoca, la desespera, porque el gomoso es su eterno inconveniente, y á veces su más terrible enemigo.

Porque el gomoso es embustero, intrigante, calumniador.

Por donde él pasa, queda, como por donde pasa el caracol, la huella de una baba asquerosa.

Lo más terrible del gomoso es que no puede evitarse.

Abunda como los insectos dañinos, como la pulga, como el mosquito, etc., etc.

Aún no ha nacido el hombre bienhechor que invente unos polvos ó una fumigación gomocida; (rogamos á la Academia dé entrada en su diccionario á este calificativo.)

El gomoso es un horror.

II

Ella era viuda.

Una viuda de veinticinco años.

Una morena deliciosa.

Gaditana y basta.

La crema, el colmo de todas las gracias, de todas las perfecciones, de todos los incentivos.

Una gitana ingerta en una andaluza, chula por consecuencia y por educación; por posición, por fortuna, gran señora.

Y sin padre, ni madre, ni primos, ni tios, ni hermanos.

Una joya perfectamente desembarazada.
Una prenda envidiable, pero desventurada.
Estaba infestada de gomosos.
Yo estaba con ella en muy buen camino.
Loreto me distinguía y se permitía para conmigo esas inapreciables é incitantes coqueterías con que una mujer dice á un hombre que le quiere ántes de decirselo, con los rosados labios.

Yo la pedía un compromiso formal.
Uno de esos compromisos que en un breve plazo llevan á dos mitades del sér humano á la vicaría, para que los aten y los autoricen á fastidiarse homéricamente cuando más pronto ó más tarde se pone la luna de miel y aparece la de hiel.

Yo me ahogaba.
Ella me recibía con una gran confianza.
Como si hubiera sido su hermano.
Se abandonaba sobre el respaldo de su mecedora y me miraba largamente con sus grandes ojos negros, profundos como un abismo, poderosos, creadores de cuantas desesperaciones, de cuantas hambres rabiosas puede sufrir un hombre por una mujer.

Un cuerpo de diosa encerrado en túnicas transparentes en parte, reveladoras de formas magníficas bajo plegaduras indiscretas; unos piés que á veces asomaban bajo la vaporosa falda, indescritibles, llenos de un espíritu mortal (que también los piés tienen espíritu, expresión, seducción, elocuencia); unos brazos deliciosos saliendo por entre una bruma de encajes; los cabellos en un desorden premeditado dando accidentes y veladuras á la frente y las mejillas; un idilio viviente, palpitante, abrasador, enloquecedor: hé aquí lo que era Loreto, cuando con una noble y valiente confianza del mejor género y del gran trato fácil y digno á la par, recibía á sus buenos amigos en su templo, en su *sancta sanctorum*, en su gabinete, en el cual competían la riqueza, el arte y el buen gusto.

III

Aquello era mortal.
El templo de Gnido, perfumado, candente, que á veces llenaban de una armonía feble, lánguida, voluptuosa, los adorables dedos de Loreto, pasando leves sobre el teclado del piano, como los céfiros por las líras eólicas.

Y las noches de luna, francas á la brisa las ventanas rasgadas sobre el jardín, revelándose por entre los rompientes de los árboles el inmenso desierto del océano con el cántico grave y sonoro de su eterna agitación, con sus brillantes destellos de luz plateada sobre la curvatura de sus ondas.

Pues bien, todo esto inestimable, innarrable; todo esto que era un aliento de vida portentosa para el corazón, una embriaguez de sueños sin nombre, de imágenes indescritibles para la cabeza, de sensaciones beatíficas en un naturalismo sublimador de la vida idealizada en la materia, se nublabá siempre, se afeaba, como afea siempre una mancha de grasa una deliciosa acuarela, con la presencia de un infame gomoso, de un asesino de lo bello, de lo sensual, de lo poético, de lo vivífico, de lo sublime, de lo indecible, de la litación de la vida en lo infinito delicioso.

La necedad en una dulce égloga de Garcilaso, lo estúpido en uno de los conmovedores gemidos de Dante por Beatriz, la tentación horrible de aplastar aquella mosca asquerosa y tenaz que sin ahogarse se bañaba en el vaso de leche.

IV

Las conveniencias y el respeto á Loreto me contentan.

Me veía obligado á tratar con atención á aquel asesino.

La buena sociedad, lo que se llama gran mundo, es un insoportable lecho de Procasto de que es necesario soportar sonriendo cosas insoportables cuando no infames de toda infamia.

Pero ¿qué se diría si se faltase á las conveniencias? Lo menos malo que se diría de nosotros sería llamarnos salvajes de la civilización y como los salvajes son temibles, se nos cerrarian todas las puertas.

Se nos condenaría á la soledad en medio de la multitud.

De lo que se deduce que el hombre ha nacido para sufrir sin quejarse, para que no se le tome por grosero ó por díscolo, todo género de contrariedades y de una manera continua.

V

Yo me quejaba á Loreto en los breves períodos en que me encontraba solo con ella.

—¿Porqué recibe á estos inaguantables?—la decía.

—¡Ah! ¡por necesidad! contestaba ella con un acento singular:—y no sólo por necesidad sino por conveniencia.

—¡Por conveniencia!

—Estos bichos son muy malos: pegajosos como ellos solos, no hay medio de despegárselos. Que se les dice que la señora no está en casa: se plantan en el portal de enfrente, atisban, acechan, preguntan al portero, al de la tienda, al zapatero de viejo, se informan causando escándalo, sorprenden la salida de un amigo, y ya está hecha la calumnia. Loreto no recibe por que la estorban las visitas: Loreto es una hipócrita y una desvergonzada: ha estado dos horas confesando sus culpas con el cura de la parroquia: es una coqueta: ayer el de la audiencia particular era el gobernador: sin duda Loreto pertenece á la alta policía: ó bien Loreto estudia náutica: el vice-almirante H. la estuvo enseñando á navegar tres horas: y esto cunde, esto se adiciona, esto acaba por pulverizar la honra de una mujer. A los gomosos hay que tenerles abiertas las puertas, coquetear con ellos, sufrírlas, hacerles creer que se les ama: afortunadamente el gomoso no es más que gomoso: se contenta con ser insoportable: no tiene ni el capoteo, ni la audacia, ni la acometividad del chulo: es un necio cuyos amores son generalmente platónicos y por lo mismo perfectamente insoportables: miserias de la vida, hijo mio, miserias de la vida, y es necesario que te acostumbres.

—Juro á Dios que cuando nos casemos...

—Entonces más abierta la puerta porque habrá dos honras que garantizar.

—De modo que...

—Inevitables: si se les rechaza se pegan más: son como cuerpos peguntosos que están en la atmósfera, y que el viento nos echa sobre la cara: si se les revienta apestan, se reproducen como los vibriones, como los bactriáceos, como la trichina: son una enfermedad social en que no se ha reparado bien y á la que no se ha dado toda la importancia funesta que en sí tiene: nosotras, las mujeres, lo sabemos y nos defendemos trasteándolos, sufriendo su conversación insípida y monótona, su aliento repugnante, su mirada asquerosa: son necios que ven en cada mujer una diosa hecha á su imagen y semejanza, que la adoran en éxtasis, en un éxtasis vacío de todo sentimiento práctico, repetidores eternos de un idilio de mal gusto; adherentes con una tenacidad de mosca, y que como las moscas en el verano están en todas partes: ¿vais á la iglesia? os ha seguido y se os adelanta, os espera al pié del agua bendita, os la sirve, corre á las sillas y os prepara una, os la paga: ¿se os cae el devocionario ó el abanico? os lo coge: ¿vais á paseo? se os pega á la cola: ¿vais al teatro? os abrumba con sus gemelos: ¿dormís tranquilamente? os despierta un concierto de guitarras y bandurrias: llueven los billetes y los versos insoportables; la doncella sobornada los pone en vuestro tocador, en vuestro libro de oraciones, en la novela que leéis, hasta debajo de vuestra almohada: el mejor día el gomoso se hace presentar, os obliga á que le recibáis, os asedia, os encocora, os desespera: todo eso es hasta que se contrae la costumbre, hasta que se comprende que el gomoso es un adherente de la mujer.

VI

En aquel momento un criado anunció:
—El señor conde de B.

Entra un tipo.
Parece el figurin viviente de un sastre en boga.

Irreprochable.
Pero con una elegancia épicamente cursi.

Todo flamante.
Todo á la *dernière*.

Todo de una tal precisión, de un tal escogimiento, que la mirada absorbe algo que causa lo que pudiera llamarse una indigestión del buen gusto.

Apesta al perfume de moda el sietemesino escualido.

Es enteco, feble, feo, sin gracia, sin espíritu de ningún género como no sea el de la presunción de hombre de mundo, buen mozo, distinguido *com'il faut*.

Trae un bouquet de flores raras, de flores de invernáculo, compradas á peso de oro.

Es una ofrenda propiciatoria que se presenta á la hermosa, con una sonrisa fatua en que hay algo de la expresión del mico.

Se le recibe con una sonrisa ambigua que él acepta como un favor.

Para mí no tiene más que una ligera inclinación de cabeza.

Para él no existo yo.
Se sienta pegado á Loreto.

Su destino inevitable es ser pregunton.
La habla en voz baja.

Prescinde de mí.
Está solo con ella.

Yo me pongo en fuga ántes de que acabe de encenderse la caldera, y no pueda contenerme y le

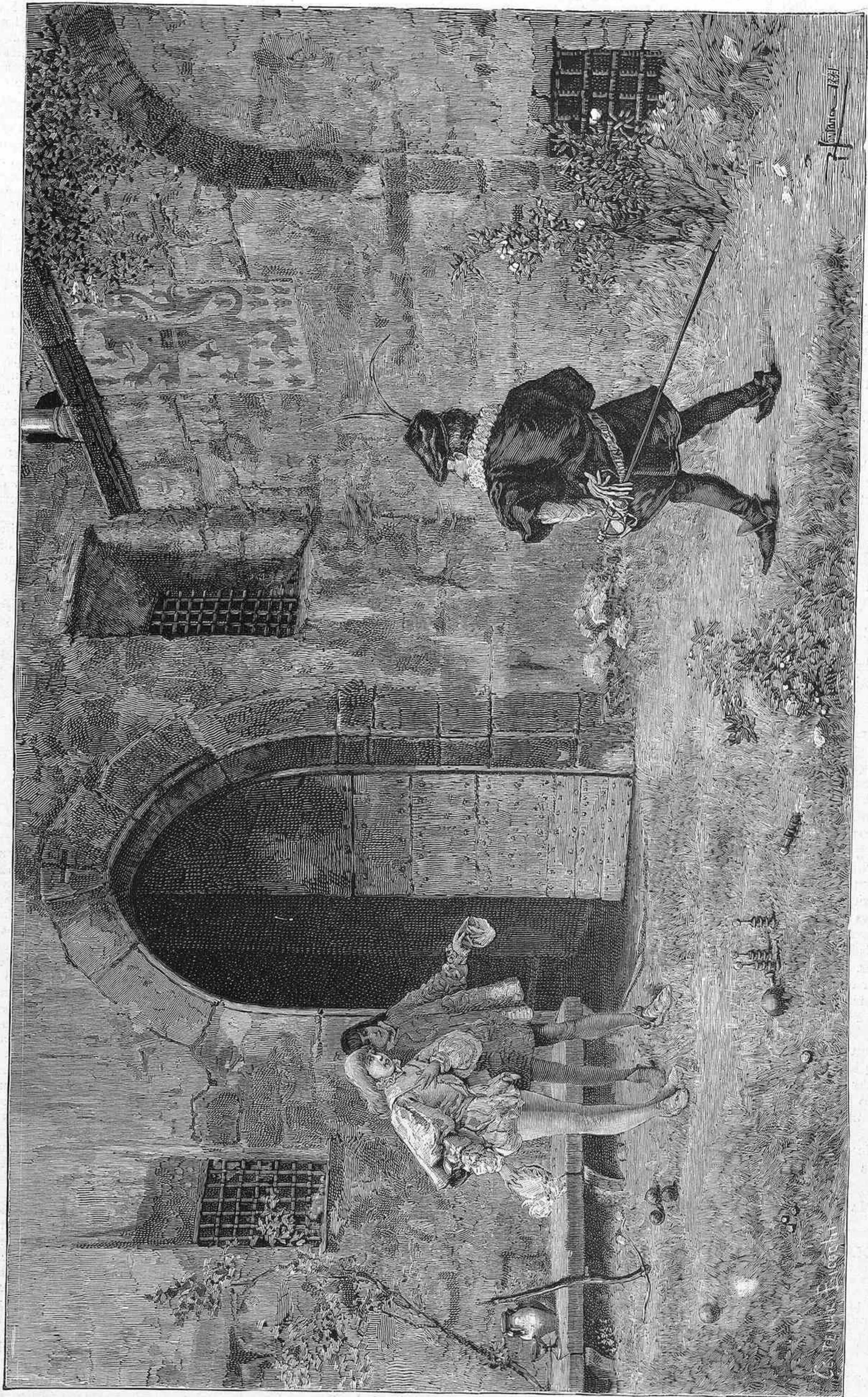


LOS SEGADORES composición y dibujo de Ricardo Balaca

R. Balaca



EL AVISO DE UN DESCARRILAMIENTO, CUADRO POR MANUEL SPITZER



EL ÚLTIMO EN LLEGAR FUE PIERNAS DE S, cuadro por Roberto Fontana

a olle, porque las conveniencias... las infames conveniencias...

Yo me he perdido.

Loreto hace un movimiento para ocultar una expresión de extremada contrariedad.

Ha comprendido.

Yo soy prudente.

El gomoso se levanta á medias y me hace un imperceptible movimiento de cabeza dejándome ver una sonrisa de triunfo.

El es el favorecido.

Yo me salvo cuanto ántes porque me ha acometido una furiosa tentación de estrangularlo.

VII

¡Ah, los gomosos! ¡los gomosos!

Los hombres de mal genio no pueden andar por donde ellos andan.

Ellos nos secuestran las mujeres que les hacen caso porque les temen.

Ellos son su gusano.

Un gusano que no se puede destruir porque se reproduce á millares.

Hoy que se cultiva el estudio de la nueva ciencia que se llama sociología, debía estudiarse el problema de salvar á la humanidad de una multitud de elementos contraproducentes, que vician la atmósfera social y son de toda necesidad dañosos.

VIII

Y téngase en cuenta que no son únicamente las mujeres las que sufren esta plaga.

¿Estáis en el café leyendo un diario?

Un gomoso se acerca.

Os interdice la lectura.

¿Estáis leyendo con interés los partes sobre la guerra del Tonkin?

¿Os entretiene la lectura de la novela patibularia del folletín?

¿Os espeluzna un proceso sombrío ante los *asises*?

Pues bien, el gomoso se sustituye y os empalaga á elogios.

El ha leído vuestra última leyenda y le parece admirable.

Sobre todo aquella frase:

«Yo soy la inmensidad.»

Admirable.

Ni Víctor Hugo.

Os pregunta qué escribís, para quién escribís y cuánto os pagan.

Os pide que le digáis versos.

No admite excusas.

Le soltais una fábula que le coja de medio á medio y no la comprende.

Pretendeis salvaros levantando el campo con un pretexto y no conseguís nada.

Se os pega, os acompaña.

Os metéis por recurso en cualquier casa diciendo que vais á un negocio, subís la escalera, dais tiempo para que el gomoso se vaya, bajáis y es muy frecuente que os lo encontreis esperando.

Entónces conocéis hasta qué punto llega la tiranía de las conveniencias.

¿Qué vais á hacer con un hombre que os estima, que porque os estima se os pega, y que si lo quisierais y fuerais del gremio de los sableadores podríais explotarlo?

Hay que aguantar.

Y bien mirado, ¿de qué vive nuestra generación más que de aguantar cosas de que no hay memoria se hayan aguantado nunca?

Y el gomoso es una de estas enfermedades sociales.

Una epidemia de que no podemos purificarnos, porque la perpetúa una plaga de insectos que no podemos destruir.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

MAL DE OJO

I

Habia en Madrid por los años de 1641 hácia la parte en que hoy está la calle de Embajadores, unas amenas huertas, á donde iban á solazarse damas y galanes.

El amor gusta de las umbrosas enramadas bajo cuya bóveda se ocultan pájaros que cantan sus amores, el verde musgo bordado de violetas y de pensamientos entre los cuales ásona esa pequeña flor que se llama *no me olvides*, y la argentada cinta del arroyuelo que deslizándose entre guijas parece que canta con su murmurio un idilio de Garcilaso.

El suave venticillo de la tarde toma en sus alas la fragancia de las flores.

La luna dulce y melancólica presta su magia, bañándolas con su luz fantástica, á las hermosas de encendida mirada, de mejillas pálidas de pasión, de seno voluptuoso, de talle gentil, de pié breve.

¡Ah! las huertas de Santiago el verde con sus meren-

deros, sus pájaros y sus arroyos, sus flores y sus misterios!

II

Estas huertas estaban abiertas todos los días hasta las ánimas; los días de fiesta hasta las diez de la noche.

Esto cuando empezaba la primavera hasta que mediaba el otoño.

En el invierno acudía muy poca gente y á la caída de la tarde se cerraban.

No habia quien se atreviera á subir la agria cuesta del atochal, cuando las sombras borraban el camino, cuando los piés se hundían en la tierra reblandecida por la lluvia y cuando era notorio que gente maleante acechaba oculta tras los troncos de los olivos á los imprudentes que se aventuraban por aquellos solitarios lugares.

III

Entre estas huertas, á la izquierda del barrio de Embajadores que empezaba á formarse, y el hospital general que ya existía, habia una blanca casita rodeada de frondoso jardín, en donde vivía una criatura de tal manera hermosa que los poetas de aquel tiempo de la poesía en que brillaban tantos ilustres ingenios cuyos nombres son gloriosos, no encontraban palabras ni figuras poéticas para ponderarla.

Llamarla estrella, luna, sol, flor, tesoro, todo esto era insuficiente, y no se la podía llamar ángel, porque era un tanto pecadora, se ocupaba de hechicerías, y tenia por profesion licita la de comadre, esto es, partera.

IV

Era gitana.

Granada tenia la honra de que hubiera nacido entre sus flores, á la sombra de sus murallas morunas, en el Albaicín, sobre el barrio de San Cristóbal, en una casita que allá en tiempos remotos pertenecía al palacio del rey moro Aben-Abuz, y que se llamó del *Gallo del viento*, porque en una veleta de su torre mayor tenia un gallo que se volvia rechinando con un sonido semejante al del clarín que llama á la batalla, hácia la parte por donde entraban en la vega los cristianos del adelantamiento del reino fronterizo de Jaen.

V

La historia del nacimiento de Amparo fué una tragedia....

Un enamorado, irritado por los desdenes de su madre, que guardaba la honra de su marido como la guardan los gitanos, la asesinó.

La desdichada murió dando á luz á Amparo.

Quedó huérfana la triste.

A falta de parientes la recogieron los gitanos del barrio de San Cristóbal.

Tuvo por familia á todo el aduar.

Cada cual contribuía para la niña, de manera que se crió como los hijos de la gente rica, mimada y sin que se la negase un solo gusto.

Verdad es que ella lo merecía, porque criatura tan hermosa y tan inteligente no se habia visto, que la naturaleza habia hecho un esfuerzo y la habia dado encantos sobrenaturales.

Creció Amparo.

Se hizo mujer.

(Continuará)

FERNANDO MARMOLEJO

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

Difícil ha de serme, despues de los días transcurridos, coordinar y dar forma á los mil pensamientos y á las contrarias sensaciones que han agitado mi cabeza en vertiginoso tropel durante mi viaje. Las ideas despertadas por la observación de las costumbres presentes, fruto del progreso y adelantos modernos, disputan el puesto que dentro de la mente ocupan á las nacidas al calor de los grandiosos recuerdos de lo pasado; la riqueza y ostentoso fausto de nuestra edad, digno del Bajo Imperio, tratan en vano de extinguir la esplendorosa cuanto severa pompa de remotas centurias, y por último los destellos de nuestra civilización reflejada en los palacios, en las *villas* y en los *hoteles*, intentan debilitar el conmovedor efecto experimentado á la vista de las soñadas maravillas del arte antiguo español. El espíritu moderno tiene á no dudar distintos medios de manifestarse que en otras edades, resultado innegable de su pasmosa actividad, empleada en resolver los más arduos problemas científicos ó filosóficos; pero en todos aparece siempre como carácter distintivo del siglo en que vivimos, la razón sobreponiéndose al sentimiento, la conveniencia y el cálculo á los goces del alma. Así no puede la mente remontarse á lo infinito, soñar y crear con la impalpable vida de la inspiración los grandes ideales de otros tiempos, nacidos á su inmortal aliento. No hay para mí entre lo pasado y lo presente términos hábiles de comparación, como no puede haberlos entre el mérito artístico de las Concepciones de Murillo y las *Vénus* del paganismo, entre la gran aljama de Córdoba y las catedrales de Sevilla y de Toledo, entre Santa Teresa y Cervantes.

Para los que vivimos con la fantasía y con el corazón fuera del mundo actual, para los que desconocemos la jerigonza filosófica de nuestros días y ni siquiera hemos saludado el más insignificante libro de política gubernamental, para los que respiramos difícilmente dentro de la atmósfera de ambiciones, discordias, rencores y mis-

rias que á pesar de los relumbrones y oropeles de que se cubren aparecen siempre en toda su repugnante desnudez, y por último, para los extraños seres que nada odian y nada quieren, mereciendo por tales conceptos la desdeñosa ó compasiva mirada de la multitud; para nosotros sólo está reservado el inefable goce de penetrar en el misterioso y augusto santuario de las pasadas edades, haciendo surgir de entre sus mudas ruinas las más ostentosas y deslumbrantes civilizaciones que yacen envueltas bajo un manto de hiedra y coronadas de jaramagos, amapolas y margaritas blancas y de oro. En medio de esas vastas soledades en que sólo reina el silencio, ¡cuán elocuentemente nos hablan por todas partes las místicas estatuas ocultas bajo los doseletes de filigrana, los mil asuntos que en pequeñas figuras se desenvuelven alrededor de los sepulcros, y cómo nos parece también escuchar en torno nuestro el gemido de esas damas de amplio brial y de plegadas tocas, yacentes sobre blasonados sarcófagos, ó bien el rumor de las que eternamente rezan de hinojos con un libro abierto entre las manos, apoyadas en suntuoso reclinatorio y las inmóviles pupilas fijas en lo infinito! Cuando á la caída de la tarde me he encontrado solo teniendo bajo mis plantas los sillares desprendidos que un día formaron gigantesca bóveda de un templo, cuando en más de una ocasión he sorprendido oculta entre la espesura de una zarzamora ó de una madre selva, alguna borrosa inscripción esculpida en los elegantes caracteres del siglo XIV, rodeada de escudos y motes heráldicos, ó cuando en vez de esto he descubierto entre los silvestres cardos de abandonado claustro, ya un fragmento de mármoleo arnés de algun adalid de cien combates, ó bien los restos del traje de un prelado, ¡cómo he sentido entónces conmoverse el alma, y en un instante, cual si reviviesen al poderoso aliento de una corriente eléctrica, todos aquellos miserables despojos han recuperado las antiguas formas y lo que es más, he llegado á creer que resonaba en mis oídos con toda su potente energía la palabra del sacerdote y el grito de guerra del caudillo!....

Inútil es que yo trate de forzar mi voluntad y de obliigar á mis sentimientos á emprender distinto rumbo aconsejado por la conveniencia; hace años que en medio de las multitudes me encuentro solo, y por el contrario, hallo grata y dulce compañía en estas soledades, donde acuden siempre á distraer el ánimo las imperecederas memorias de los años juveniles junto con las esperanzas de la gloria y los encantos del arte. De aquí nacen tantas ideas inexplicables y contradictorias, tantos locos ensueños, tantos absurdos pensamientos que al pasar en tumultuosa ronda dentro de mi cerebro, producen esa inextinguible y febril agitación que, avanzando siempre como una gigantesca ola, se estrella al fin contra la inquebrantable roca de las realidades presentes. Este sacudimiento de las ideas, esta profunda conmoción, la he sentido en toda su fuerza por primera vez al abandonar las encantadoras playas de Biarritz, con sus vastos palacios, sus magníficos *hoteles*, sus opulentos *chalets*, sus hermosísimas mujeres, sus músicas de Waldteufel y Straus, oídas desde la terraza del Gran Casino, cuyos acordes se perdían en el inmenso Océano, y encontrarme en breves horas contemplando frente á frente, esa gran maravilla hija del divino delirio de una generación de artistas, testimonio el más elocuente de nuestro poderío y de nuestras glorias, cuna de cien tradiciones, crónica inagotable de sentidas leyendas, soberbio panteón de las humanas grandezas y asombro, en fin, de todos los hombres y de todos los tiempos que se llama la Catedral de Burgos. Cuando he alzado los ojos hasta el cielo para medir la altura de sus caladas flechas, cuando uno por uno trataba de fijarme en sus infinitos pormenores; ora en las rígidas estatuas de su frontis, ora en sus ligeros antepechos como en las cresterías y en los rosetones, en los mil pináculos y agujas que brotan de la gigantesca bóveda del crucero, terminados por ángeles, eternos vigías del santuario, y por último, cuando más allá veía aparecer el peregrino ábside de la capilla del Condestable, con sus enormes escudos sostenidos por tenantes, con sus heraldos de blasonadas dalmáticas, sus festones de tréboles y sus olas de zarpadas hojas, corriendo por las escocias de los contrafuertes ó coronando la fábrica toda delicados y ligeros cual si hubiesen brotado al soplo de la naturaleza y, marchitos ya, quedasen adheridos al muro como las hiedras que nacen en las ruinas; fácil es comprender que súbitamente se alejara de mi cabeza el recuerdo de los edificios que acababa de abandonar, no llegando ni áun á establecer el contraste que se sigue comparando lo grande y sublime con lo raquíto y miserable. Las lujosas viviendas de aquellos magnates, construidas de blanca piedra de Angulema, con sus pesadas techumbres y sus ornatos de escayola, los *hoteles* y *villas*, parecieronme entónces esas construcciones de carton que tanto entretienen á los niños colocándolas sobre simuladas montañas de corcho en medio de montoncitos artificiales de hierba y musgo.

Era cerca de media noche cuando ví por primera vez la catedral: no sé el tiempo que estuve parado ante la inmensa mole cuyos oscuros sillares resaltaban poderosamente sobre el fondo azul del cielo tachonado de estrellas: el resplandor de algunas penetraba á través del encaje de las agujas, de los antepechos y de las cresterías: las estatuas de las hornacinas dormían en las sombras y las monstruosas gárgolas y los reptiles de piedra hallábanse ocultos entre las hojas de cardos, entre los pámpanos y la silvestre higuera. La portada ojival de la iglesia de San Nicolás sólo mostraba las líneas generales de su elegantísima archivolta y la vacilante luz de un faro-

lillo alumbraba la entrada de la calleja de Santa Agueda, en medio de cuya profunda y medrosa oscuridad acaso vagaba el espectro del Cid Ruidiaz, una mano apoyada sobre el histórico cerrojo y sosteniendo con la otra el dorado ballestón según cuenta el Romancero.

Por vez primera me parecía estar respirando el poderoso aliento de la Edad media, rodeado de tanta grandeza y de tantas históricas memorias, y en el indefinible misterio que produce el efecto de la pequeña plaza. Nada interrumpía la solemne calma de la naturaleza y el profundo reposo en que todo al parecer yacía. Al fin subí la empinada cuesta de la iglesia de San Nicolás y entré por una tortuosa y estrecha callejuela. Arrimado al muro del gran templo distinguí en una de las revueltas tenue claridad que saliendo de los mismos sillares alumbraba débilmente un pequeño espacio del suelo. Bajo un arco y dentro del hueco del muro, á través de una reja, había una Virgen sentada con el Niño Dios en los brazos. La antigua imagen tenía el rostro velado por la sombra que proyectaba enorme corona ojival adorno de su cabeza: los mil plegados angulosos de su manto y de su túnica, eran durísimos, y no obstante los abigarrados colorines con que alguna mano profana la había enlucido, parecióme entonces un modelo acabado de mística belleza....

A la mañana siguiente penetraba en el templo por la puerta del Sarmetal, preciosa muestra del arte arquitectónico del siglo XIV; ya en el centro del crucero, perdida la vista y abismado el pensamiento ante aquel maravilloso conjunto, ni aún podía darme cuenta de mis impresiones; mi asombro crecía ora al fijarme en los robustos machones sobre que estriba la atrevida bóveda, ora en la grandiosa ornamentación de los pilares, donde vive todo un mundo de seres animados por el aliento del arte; por cima de las molduras aparecían mil cabezas con distintas expresiones, ángeles y bichas, flameros y columnillas, hojas y trofeos, pajes y heraldos, escudos é inscripciones, todo admirablemente dispuesto, repartido en este lugar que con justicia mereció del más sombrío de nuestros monarcas que la llamase «obra más bien de ángeles que de hombres.»

Pero si tanta admiración causa esta parte del templo, no es menor la que se experimenta al recorrer sus monumentales capillas, testimonios irrecusables unas del noble estímulo que distinguí á nuestros magnates y prelados al sentir los primeros albores del Renacimiento, y santuarios otras de venerandas tradiciones unidas generalmente á preciosas joyas arqueológicas. Entre estas era conocida ya para mí la que guarda el Crucifijo llamado de Burgos, cuyo origen, según el decir de las gentes, fué obra nada menos que del santo varón Nicodemo y que á mi juicio es sólo interesantísimo ejemplar del siglo XIII. En medio de la rudeza del arte con que fué ejecutado, á pesar de la extraordinaria rigidez que lo distingue, de la infantil colocación de sus pies y de la incorrección general que en toda ella se advierte, ¡qué sello de misticismo, de candor y de inocencia revela, y cuán elocuentemente manifiesta el espíritu religioso de aquella centuria! Y sin embargo, el arte ha necesitado sólo un período de tres siglos para llegar, por sus marcadas evoluciones, desde este punto rudimentario y casi bárbaro, á producir los admirables mausoleos del Canónigo, Lerma, del Obispo Acuña, de D. Alonso de Cartagena y del Condestable D. Pedro Hernandez de Velasco.

El período artístico que abarcan estos tres siglos durante el cual las artes españolas rayaron á una altura casi inverosímil, hállase compendiado en esta singular fábrica, y así no es de extrañar, que junto á las inocentes producciones del arte románico del siglo XIII, veamos luégo



SIEBA, dibujo por G. Vuillier

las elegantes cuanto severas del XIV que alcanzan su mayor grado de esplendor en el XV para morir al fin en la siguiente centuria bajo la pompa deslumbrante y risueña del genio del Renacimiento italiano, no sin dejar de imprimir su carácter distintivo en el arte invasor confundido con el cual se muestra todavía durante el primer tercio del siglo de Carlos V.

En esta peregrina combinación de tan distintos elementos que revelan las mudanzas y vicisitudes del arte, sujetas á los cambios y alternativas del espíritu humano, hállase siempre sobrado motivo de estudio al abismarse en su contemplación ofreciendo la más elocuente prueba de todo lo que en el mundo valen el poder, la gloria y la riqueza, sueños de un día, vanos fantasmas que al cabo se desvanecen en la oscura noche de los siglos. Pero á pesar de todo, las obras del genio subsisten y viven más largamente, bastando para acreditar su divino origen, la más pequeña huella del cincel sujeta al bronce, la mancha de color extendida sobre la tabla ó el lienzo, la columna solitaria erguida en medio de la desierta carapiña.

Estos y otros pensamientos pasaban y pasaban dentro de mi cabeza al fijarme en los pormenores del templo y reparar ya en las magníficas verjas de las capillas con sus guirnaldas de flores, sus flameros y sus medallones, sus calados frisos y sus enormes cerrojos que defienden eternamente de la destrucción ora el suntuoso retablo plateresco con sus tablas de fondo de oro y sus místicas imágenes, ora los sepulcros de granito con sus inscripciones góticas, sus monstruosos leones de ensortijadas gueejas y sus yacentes estatuas cubiertas con el arnés de guerra, envueltas en amplias lomas revestidas con las pluviales capas, á cuyos pies reposa vigilante lebré ó algún paje-cillo con la cabeza apoyada entre las manos y que aún gime por la muerte de su señor.

Tuve que abandonar al fin el sagrado recinto cuando las sombras del crepúsculo avanzaban. Había visto ya desaparecer lentamente los últimos rayos del sol á través de las vidrieras, y poco á poco, al par que iban aumentando las sombras, parecíame más profundo el silencio;

acaso era yo el único ser viviente que allí se encontraba. Momentos después sólo se percibían las grandes masas de los mausoleos cubiertos de paño dentro de las capillas, los contornos de los retablos con sus aéreos pináculos y sobre el pavimento resaltaban las lápidas sepulcrales de pizarra más negras todavía por las proyecciones de los pilares. Pero aún no me encontraba satisfecho: había visto el prodigioso templo inundado de luz por la mañana y ante el altar mayor subiendo hasta el cielo las nubes del incienso diáfano y azul; más tarde quise escuchar las poderosas notas del órgano juntas á la monótona salmodia del coro; por último venía á gozarme en el misterio y la soledad del crepúsculo; faltábame sólo sorprender durante la noche el eterno sueño en que yacen tantas y tantas generaciones....

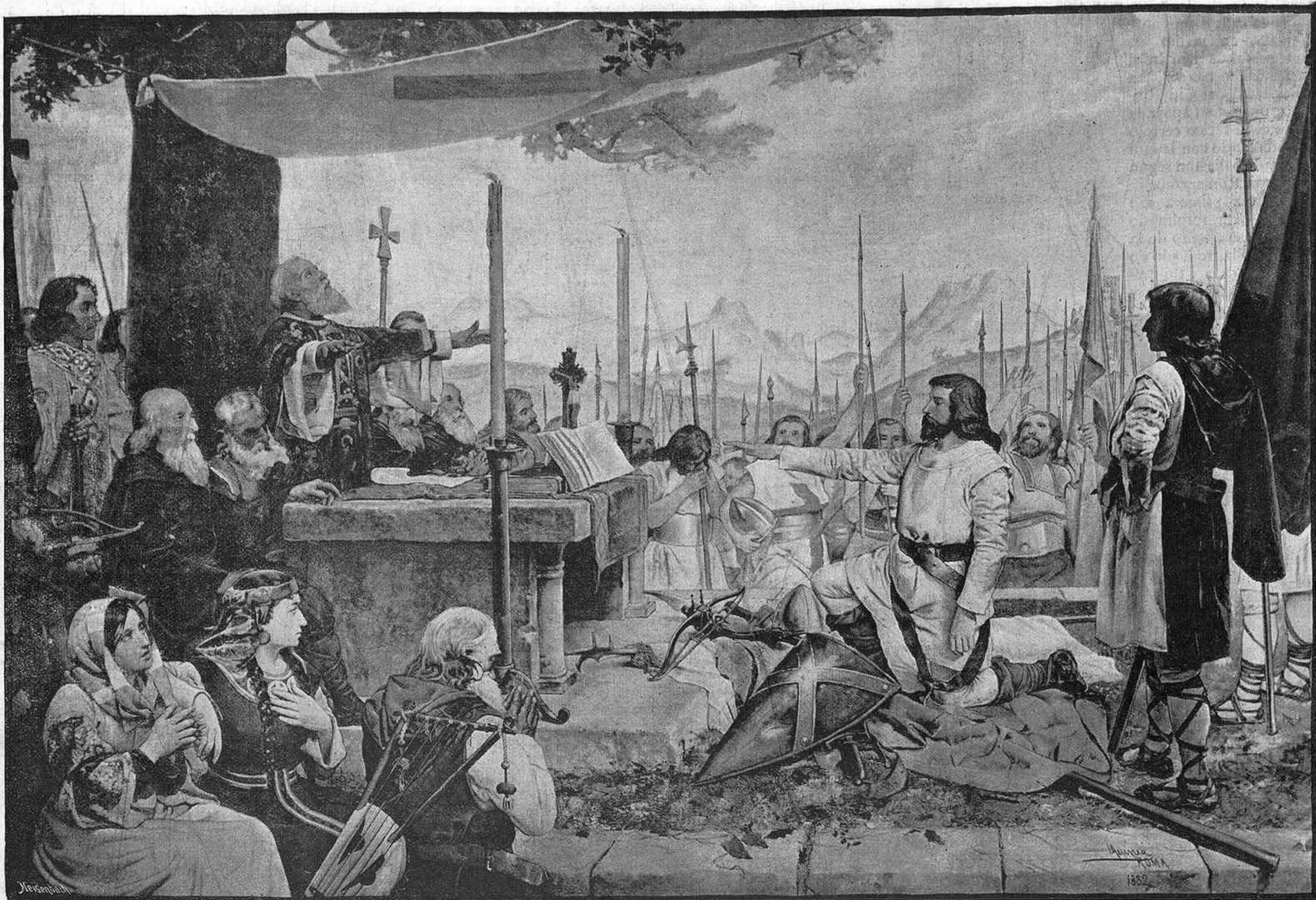
A medida que me iba acercando á la puerta, con más violencia agitábase el corazón: alguien que me hubiese observado habría creído sin duda que era un malhechor. Las mudas estatuas de la archivolta me detenían y la rígida efigie del Obispo D. Mauricio desde su pedestal de piedra parecía interponerse en mi camino. Empujé la puerta y una vez dentro del sagrado ámbito no acertaba á moverme: sobrecogido no sé si por medroso respeto ó abrumado por tanta grandeza, miraba con espantados ojos á mi alrededor imaginando que todo aquel mundo fantástico iba á castigar mi atrevimiento. Las únicas luces que distinguí fueron las de las lámparas del gran retablo reflejando en la veneranda imagen de plata llamada Santa María la Mayor; lo restante hallábase por

completo envuelto en las más densas sombras; sólo algunos santos de las vidrieras resaltaban en la oscuridad y también el blanco pendón que dió la victoria á Alfonso VIII en la memorable jornada de las Navas, suspendido desde la elevada bóveda.

Pasamos mi guía y yo por delante de las capillas; todo era silencio, todo reposo. De vez en cuando las viejas maderas de los altares crujían oyéndose confusos é inexplicables ruidos y también el pesado aleteo de la corneja ó el chirrido de los murciélagos: todo aumentaba el terror producido por aquel indescriptible conjunto. Quise recorrer los claustros y alumbrados por el farolillo de mi guardian llegamos á ellos. Bajo las severas arcadas, custodiados por las figuras de los reyes y defendidos algunos por negras rejas de hierro, véanse los sepulcros de los prelados y sacerdotes que han escogido estos sitios para que no inquieten sus cenizas. Y en efecto, nadie interrumpe el sosiego de aquellas tumbas cuyas estatuas todas están cubiertas por una espesa capa de polvo que el viento se encarga de ir depositando sobre ellas. Las grandes ventanas ojivales que dan al patio, permitían ver confusamente las oscuras masas de plantas silvestres que allí crecen á su sabor, en medio de las cuales levántase aislada columna que termina en una cruz de hierro.

Echado sobre el alféizar de una de aquellas ventanas, absorto ante el grandioso cuadro que me ofrecía la naturaleza con su espléndido cielo, el arte con sus obras, las civilizaciones pasadas con sus ricos despojos y el tiempo en fin con tantos mudos testimonios de los hombres que fueron, poco á poco la imaginación inquieta y soñadora complacíase en inventar una leyenda para cada uno de aquellos sepulcros. Y ¡quién sabe si algunas de estas inverosímiles historias tuvieron un día viva y real representación en el mundo!

¡Acaso los hechos que yo iba forjando en mi cerebro no eran otra cosa mas que la repetición de lo que algún espíritu hablaba á mi oído y que yo sin darme cuenta traducía al lenguaje de las palabras! Cada vez la mente abismábase más en la meditación y de aquí nacieron mil



LA JURA DE LOS FUEROS, copia del cuadro del Sr. Guineá

pensamientos confusos y extrañas revelaciones que los genios de la soledad y de la noche murmuraban en mis oídos. Las estatuas de los reyes, sujetando con las manos el fiador de oro de sus capas, parecían mirarme airadas por haber interrumpido sus diálogos con las damas, y los santos de las frontereras hornacinas y las satíricas cabezas que formaban las ménsulas de las cuales partían los nervios de la bóveda, tal vez se reían de todo cuanto yo fantaseaba.

Presa la mente de febril agitación con tal torbellino de ideas, volvíme entonces para interrogar á mi guardián y no pude ménos de lanzar un grito de sorpresa ante el singular efecto que se mostró á mis ojos. Habíase aquel dormido sobre un sepulcro á los pies de la estatua yacente que era de pizarra negra excepto las manos en las

cuales sujetaba un libro y unos guantes; estas partes de la figura y el rostro eran de trasparente alabastro: el guardián hubo de colocar su farol junto á la cabeza al lado de la pared, y la luz penetrando en ella la iluminaba fantásticamente, produciendo el efecto de estar animada por divinos resplandores. No pude darme tal explicación hasta que trascurridos algunos segundos hube de serenarme, pero á pesar de esto no podía apartar los ojos de aquel rostro de alabastro que resaltaba aún más por estar encerrado dentro del monjil de pizarra negra. Los párpados abiertos y eternamente inmóviles parecían agitarse, los finísimos y transparentes labios contraíanse para dar paso á los constantes gemidos; creí entonces que sus manos abrían el libro, que iba á leer en él: dentro de sus hojas estaría escrita en misteriosos caracteres

la causa de su prematura muerte, porque era joven y bella y debió morir cuando los sueños juveniles acariciaban su frente, cuando tenía el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas, cuando todo en torno suyo sonreía. Acaso el guerrero, también mancebo, que reposaba en el mausoleo inmediato habría sido el amor de su vida; él murió combatiendo al frente de su hueste invocando el nombre de su amada con la cual hubiera debido unirse pocos días después de la batalla. Las galas de la boda ajáronse y las flores nupciales se marchitaron velando constantemente á la cabecera del moribundo. Él espiró en sus brazos pidiéndole que no lo abandonara ni en la muerte. Ella cumplió su promesa. Los dos reposan juntos.

JOSÉ GESTOSO Y PEREZ

Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL

INTERESANTE RECTIFICACION DEL PROSPECTO ÚLTIMAMENTE CIRCULADO

NUEVO REGALO Y EL MAS IMPORTANTE DE ELLOS

Hemos dado cuenta del plan que íbamos á desarrollar desde nuestro primer número del presente año. Su lectura habrá hecho comprender á nuestros favorecedores que la BIBLIOTECA UNIVERSAL es, propiamente dicho, el niño mimado de nuestra casa, y que ni hemos cejado ni dejaremos en nuestro empeño de hacer de esa publicación una especie de amigo obligado de las familias.

La Biblioteca, con efecto, corresponde á todas las aficiones literarias y científicas del tiempo presente; al paso que la *Ilustración*, regalo de aquella y tirada exclusivamente para sus suscritores, es uno de los más preciados tesoros del arte y de las letras nacionales y extranjeras; elevado en dos años á la altura de los primeros periódicos ilustrados de Europa.

Faltaba, empero, el complemento de nuestra idea. La familia no consta exclusivamente de eruditos y de artistas; los dos sexos que generalmente la componen tienen en parte aficiones similares y en parte objetivos distintos.

La idea predominante en el hombre es su instrucción; en la mujer domina con preferencia la idea del parecer bien; por esto, y sin hacer coro á los que acusan de frívola á la mitad quizás más seria del género humano, hemos creído que nuestro pensamiento se completaba añadiendo á nuestra Biblioteca un periódico de *Modas*, como un obsequio dedicado á nuestras suscriptoras y de aquí **EL SALON DE LA MODA** que vendría desde luego, ó sea desde este año, á formar parte integrante de nuestra múltiple publicación.

Empero ¿por qué no confesarlo francamente?... Estábamos satisfechos de nuestro acuerdo; más no del sistema económico que para realizarlo habíamos adoptado. Por mínimo que fuera el precio que señalábamos para la adquisición de **EL SALON DE LA MODA** por nuestros suscritores, aparecía como un periódico aparte y no como porción integrante de nuestra publicación. Esta misma advertencia nos han hecho multitud de favorecedores, dándonos pruebas de una amistad que agradecemos debidamente, y distintos corresponsales, cuyo buen celo les hace identificar con nuestros proyectos. A unos y á otros queremos dar un testimonio relevante de nuestra consideración y al público en general una prueba de lo que pueden los elementos que á costa de inmensos sacrificios hemos reunido para corresponder á sus favores.

EL SALON DE LA MODA, periódico de que damos idea en la última página del prospecto, será repartido **GRATIS** á los suscritores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, una semana sí y otra no ó sean 26 números anuales.

En cambio dejaremos de repartirles en tirada aparte las láminas del *Album artístico*, sin perjuicio de que siempre que la distribución de materiales lo permita, las insertemos en las páginas de la *Ilustración*. Ponderar la importancia de nuestro nuevo regalo nos parece ocioso: consúltese lo que cuesta á una familia la suscripción á un periódico como nuestro **SALON DE LA MODA**, y únicamente de esta suerte podrá apreciarse el sacrificio que nos imponemos en obsequio del público, sin más mira que la de corresponder á su decidida cooperación.

Vista la aceptación que ha merecido nuestra oleografía *La Inmaculada Concepción* de Murillo, que regalamos á los Sres. suscritores de 1882, irrecusable muestra de la perfección con que ejecutamos esta clase de trabajos, los suscritores de 1883 que continúen con la suscripción á la BIBLIOTECA UNIVERSAL, recibirán GRATIS en uno de los primeros repartos de 1884, un notable cromó de 64 centímetros de alto por 92 de ancho, copia de la acuarela

UN BAUTIZO A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Original del reputado artista Sr. Llovera

Los señores que deseen suscribirse únicamente al periódico **EL SALON DE LA MODA**, por anualidades, semestres ó trimestres con pago anticipado deberán regirse por la siguiente nota de precios:

EN ESPAÑA, un año, 60 reales. Seis meses, 32 reales. Tres meses, 18 reales. EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. Seis meses, 1600 reis. Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Se admiten suscripciones en todas las librerías y centros de suscripción.

IMP. DE MONTANER Y SIMON